

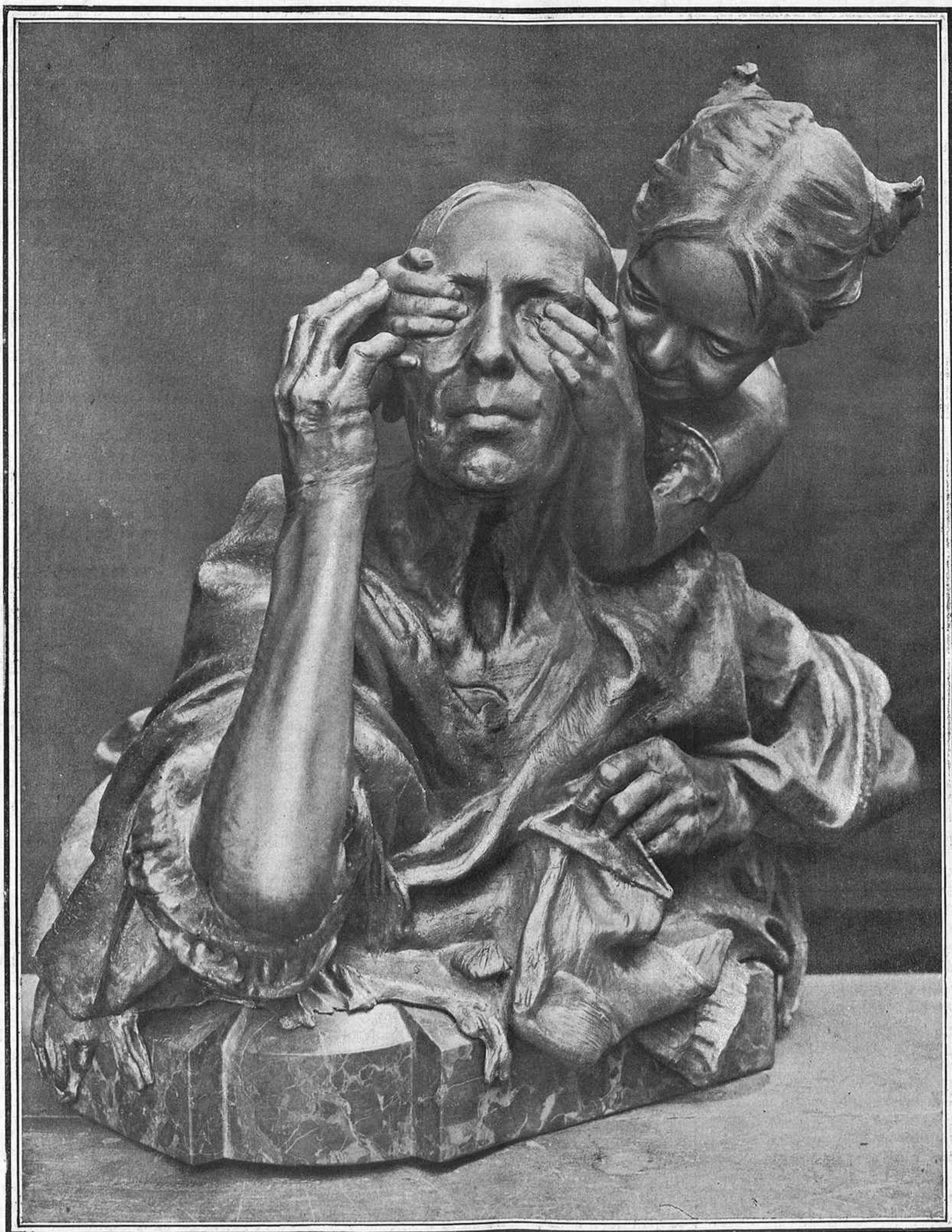
La Ilustración Artística

Año XXV

← BARCELONA 28 DE MAYO DE 1906 →

Núm. 1.274

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¿QUIÉN SOY?, escultura de José Montserrat



Texto.— *Crónica de teatros*, por Zeda. — *Calumnia de ensueño*, por J. Sánchez Gerona. — *La catástrofe de San Francisco*. — *Fiestas del homenaje de la Solidaridad Catalana*. — *En la paz de los campos*, novela ilustrada (continuación).

Grabados.— *¿Quién soy?*, escultura de José Montserrat. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el artículo titulado *Calumnia de ensueño*. — *Una invocación*, escultura de Gilberto Bayes. — *Náyade*, escultura de Miguel Blay. — *San Francisco de California. Consecuencias del terremoto y del incendio. Campamento instalado en Fort Mason. Refugios en el campamento de Fort Mason. El edificio del Call construido de acero, cuya armazón resistió el terremoto. Ruinas del templo Manuel. Vista de la Powell Street. Fiestas del homenaje de la Solidaridad Catalana. Llegada de los diputados. Aspecto del Paseo de Gracia al dirigirse los diputados al hotel Colón. Aspecto de la plaza de Cataluña a la llegada de los diputados. La manifestación. Aspecto de los alrededores del Arco de Triunfo antes de la llegada de los diputados. Los diputados dirigiéndose a la tribuna levantada en el Paseo de San Juan. Aspecto de la tribuna de los diputados al paso de la manifestación. Paso de la manifestación por delante de la tribuna. Jira al Tibidabo. Banquete en obsequio de los senadores y diputados. Aspecto de la plazoleta del Tibidabo en el momento de los discursos. Los diputados y la Comisión almorzando en el hotel Colón después de su llegada. San Petersburgo. Inauguración de la Duma. El tsar Nicolás II entra en el salón de San Jorge del Palacio de Invierno. El tsar leyendo el discurso del trono en el salón de San Jorge. Diputados aldeanos a la puerta del Palacio de la Taurida, en donde celebra sus sesiones la Duma. Inauguración del Consejo del Imperio. Sesión de apertura en el gran salón de la Asamblea de la Noblesza. Madrid. La iglesia de San Jerónimo, en donde se celebrará la boda de S. M. el rey D. Alfonso XIII.*

CRÓNICA DE TEATROS

Sea cualquiera el grado de importancia que desde el punto de vista literario se conceda al teatro, no podrá menos de convenirse en que ningún otro género le aventaja ni siquiera se le iguala en fuerza para propagar las ideas é influir sobre las muchedumbres. La representación escénica, no sólo cuenta con la cooperación de las demás artes, sino que dando caracteres de vida que se confunden con la realidad y enderezando los hechos fingidos á la demostración de una tesis moral, sociológica, filosófica, etc., etcétera, arrastra nuestro entendimiento y nos persuade, tanto, por lo menos, como el espectáculo que nos ofrece la sucesión de hechos verdaderos. Por esto, sin duda, la Iglesia, que miró siempre con ojeriza las funciones teatrales, se valió de ellas para fomentar entre los fieles los sentimientos religiosos ó para hacerles comprensibles las más hondas verdades del dogma. No tuvieron otro objeto los *Misterios* en la Edad Media y nuestros *Autos sacramentales* en el siglo XVII.

Hoy puede asegurarse que el teatro es el gran propagandista. Particularmente en España, en donde se lee muy poco, pero en donde se va mucho al teatro, la escena es para una gran parte de la nación, además de gratísimo divertimento, cátedra ó tribuna. Lo que hay es que esta tribuna ó cátedra no siempre suele servir para la exposición ó enseñanza de las ideas que la sociedad tiene por sanas y de las costumbres que considera buenas. El individualismo anárquico, de que Ibsen es el principal y más elocuente apóstol, se ha propagado por la dramática contemporánea, tendiendo á combatir y dar por el pie á todo lo que hasta poco ha se consideraba como los fundamentos ó sostenes de la sociedad. En las obras más aplaudidas del teatro moderno se ataca ó se hace mofa, que es peor, de la fidelidad conyugal, del honor, de la familia, de los deberes de los padres con los hijos ó de los hijos con los padres... Puede decirse que todas esas comedias están inspiradas en un decálogo al revés. Cierta que las ideas y sentimientos que ellas expresan son consecuencia lógica del espíritu de rebeldía que se ha desencadenado en las almas; pero no es menos verdadero que la literatura dramática las difunde y extiende por todas partes.

Y al mismo tiempo que sembrador de buenas ó malas ideas, es el teatro, gracias al desarrollo que en estos últimos tiempos ha adquirido la *mise en scene*, una especie de exposición permanente en que se presentan ante los ojos del público, no sólo los modos de decir, de hablar, de moverse, de sentarse, de estar en visita, etc., sino las modas, las *toilettes*, los muebles, el ornato de los salones, el aderezo interior de las casas modestas, las fiestas cortesanas, los regoci-

jos populares..., todo, en fin, lo que constituye lo exterior de la vida. Yo sé de muchas señoras que asisten al teatro Español más deseosas de ver los trajes que luce María Guerrero para luego imitarlos, que á saborear el placer estético que produce el contemplar la contraposición de los caracteres y la lucha de las pasiones. Las obras representadas en dicho teatro sirven de modelo para decorar no pocas viviendas y para hacer que se generalicen ciertos refinamientos. Por tal razón, las compañías extranjeras que nos visitan y las que de España van á América no se contentan, como antes, con llevar sus trajes y comedias, contando para el decorado y amueblamiento de la escena con los guardarropias de los teatros. Ahora las compañías de actores llevan una impedimenta superior á la de los grandes ejércitos.

La de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza ha necesitado un barco de muchas toneladas para trasladar á la Argentina su material artístico, compuesto de centenares de decoraciones, muebles, alfombras, tapicés, vestuario de comparsaría, trastos de toda especie... El público de Buenos Aires podrá, por consiguiente, ver las comedias estrenadas en el Español lo mismo exactamente que las han visto los madrileños en el teatro de la plaza de Santa Ana.

Estas expediciones artísticas de nuestros actores por fuerza han de estrechar cada vez más los lazos que ya existen entre las Repúblicas españolas de América y su antigua metrópoli; son una penetración pacífica, en cuya virtud nuestra literatura, nuestras artes y nuestros libros van aumentando su mercado y su influencia.

* *

Después de la compañía italiana, que ha dejado en Madrid muy buenos recuerdos, ha venido á visitarnos una *troupe* de cómicos franceses, capitaneada por M. Galipaux, artista que en París goza de bastante reputación. El contraste entre las dos compañías es grandísimo. La de Tina de Lorenzo ofrecía un conjunto armónico, las obras estaban muy bien ensayadas y los artistas, como se dice en la jerga de bastidores, perfectamente «acoplados.» Por el contrario, en la compañía que actúa en el teatro de la Comedia, todos los cómicos, á excepción de Galipaux, son menos que medianos, las obras son atropelladamente ensayadas y cada artista es, como suele decirse, de su padre y de su madre. El decorado que traía Tina de Lorenzo era elegante y artístico; el decorado con que Galipaux nos presenta sus *vaudevilles* es el que ya ha sido desechado por inservible en el teatro de la Comedia.

Este menosprecio con que tratan al público de Madrid los cómicos franceses no es cosa nueva. Por los teatros de la corte han pasado en estos últimos años los Coquelin, la Barthe, la Rejane, Le Bargy, Sara Bernhardt, Mounet Sully, rodeados cada cual de ellos de verdaderos *cabotins*. Esto no obstante, el anuncio solo de la venida á Madrid de una compañía francesa saca de sus casillas á la gente aristocrática y adinerada, y no hay aquí persona que se estime en algo que no se apresure á ir á admirar y á aplaudir á los cómicos transpirenaicos.

El público que asiste á ver á Galipaux no es muy numeroso, pero sí escogido, y lo gracioso del caso es que la mayor parte de las personas que componen este público se cree en la obligación de hablar ó chupurrar el francés, en prueba de distinción y de homenaje á los cómicos extranjeros. Hablar en la lengua de Cervantes es en esas noches de mal gusto.

El arte de Galipaux ocupa un puesto intermedio entre el del clown y el del actor cómico. En una misma obra hace á la perfección escenas de comedia y da saltos, zapatetas y respingos más propios de la pista de un circo que del tablado de un teatro. La movilidad de su rostro es extraordinaria; dijérase que su cara es de goma. Su cuerpo tiene la misma flexibilidad que su rostro y sus habilidades son tantas como las de un excéntrico de circo: baila, salta, canta y toca el violín; dice monólogos, representa papeles de *vaudeville* ó de comedia y hace pantomimas... Además es autor; él se escribe sus monólogos y sus pasillos y él se los representa... Es, en fin, un verdadero estuche...

La compañía que dirige Galipaux se anunció como de *vaudeville*, género ligero, festivo y caricaturesco que hace reír sin hacer pensar y que no deja de tener en Madrid sus apasionados. Mas lo cierto es que hasta ahora solamente han representado uno de aquéllos, *Las sorpresas del divorcio*, los actores franceses que trabajan actualmente en la Comedia. En cambio hemos visto ya dos ó tres pantomimas y hemos oído una porción de monólogos, dúos y *chansonnettes*, todo lo cual da al elegante teatro de la calle del Príncipe cierto parecido con los *music hall*, al presente tan en

boga, con gran quebranto del género grande y el género chico.

Este último va de mal en peor y en vano tratan de galvanizarle las compañías que funcionan en Apolo y en el Gran Teatro, entregado ahora al melodrama chulesco y comprimido y á las zarzuelillas que deleitaban al público hace diez ó doce años.

* *

Con mala sombra abrió sus puertas aquel magnífico edificio que en un principio se llamó teatro Lírico y ha sido después rebautizado con el nombre de Gran Teatro. Recuerdo la noche de su inauguración: el público que llenaba aquel local enorme quedó asombrado, y con razón, ante la grandiosidad de la sala y del vestíbulo y ante lo lujoso del ornato. El objeto con que se había construido el Lírico era el de alojar decorosamente á la ópera española, rara vez admitida en el teatro Real. Terminado el nuevo, sólo faltaban óperas, y para escribirlas se apalabraron varios maestros y poetas. En unos cuantos meses estuvieron listas *Circe*, *Farinelli*, *Raimundo Lulio* y no sé si alguna más. La fiesta inaugural se celebró con el estreno de *Circe*, sacada por Ramos Carrión de la comedia calderoniana titulada *El mayor encanto amor* y puesta en música por Chapí. Hubo aplausos, llamadas á escena y ruidosas ovaciones, la crítica puso por las nubes la obra y ensalzó la magnificencia del nuevo teatro; pero el público se llamó Andana, y ni con esta ópera ni con las que vinieron después logró atraerle al magnífico local.

Visto que la ópera no pegaba, se llevó al Lírico la zarzuela grande. El resultado fué el mismo: el público siguió diciendo nones y la zarzuela se vió forzada también á enmudecer. Acudióse entonces al género chico... y nada; la gente que llenaba Apolo y el teatro de la calle de Jovellanos no pasaba ni por delante de la puerta del nuevo coliseo. Después de todas estas tentativas fracasadas, cerróse el Lírico á cal y canto y nadie volvió á acordarse de que existía enfrente de las Salesas uno de los mejores locales que hay en Madrid para espectáculos públicos, hasta que en enero del año presente Ceferino Palencia, con un valor heroico y casi casi temerario, acometió la empresa de resucitar aquel teatro, muerto, parecía, definitivamente para el arte.

Mucho es el talento de María Tubau y muchas las simpatías de que goza tan insigne actriz. No hay que decir tampoco si tanto ella como su inteligente esposo habrán luchado por levantar el crédito del Gran Teatro. ¡Inútil empeño! Palencia tuvo que desistir de su propósito. Un nuevo empresario acaba de probar otra vez fortuna. Hace pocos días ha empezado á funcionar allí una compañía muy numerosa, por cierto, de género chico; pero ya sea porque este género no gusta al público, sea por esa mala sombra que se proyecta sobre el Gran Teatro, es lo cierto que, según todas las señales, la susodicha compañía tendrá la misma suerte que las anteriores.

Los teatros, como las personas, están sujetos á la fuerza del sino.

* *

Las que verdaderamente prosperan de algún tiempo á esta parte son las sociedades de aficionados. Existen de éstas cinco ó seis que una vez al mes celebran sus funciones en un teatro que casi siempre es el de la Princesa. Entre los artistas que trabajan en ellas hay algunos que revelan excelentes condiciones para el arte dramático, y ó mucho me equivoco, ó de estas sociedades, más que del Conservatorio, han de salir los actores ó actrices de mañana.

Una de las causas que más favorecen á estos grupos de aficionados es sin duda lo caro que cuesta en Madrid el teatro. Innumerables son las familias que no pueden darse el gusto de ver una comedia. Las sociedades proporcionan á esas familias, por una mensualidad escasa, el placer de asistir mensualmente á un espectáculo culto y simpático. Las funciones se dan por la tarde y el teatro se llena de bote en bote: los actores y actrices trabajan con entusiasmo, los espectadores y espectadoras aplauden á rabiar y todo el mundo sale complacido y durante treinta días espera con impaciencia la función próxima.

Yo, vuelvo á decirlo, confío en que estas asociaciones han de favorecer grandemente al arte escénico, tan necesitado de artistas que substituyan á los que ahora brillan en nuestros teatros. Por de pronto, han salido de entre los aficionados algunos que desempeñan ya puestos honrosos en la escena española.

En esto, como en todo, quizás tenga más eficacia la iniciativa individual que la tutela del Estado.

ZEDA.



Un hombre como de cincuenta años apareció en el fondo de la sala

CALUMNIA DE ENSUEÑO

En el salón japonés del hotelito de Rosa Maury se tomaba el te de las cinco.

Estaba la tarde desapacible y solamente habían acudido á hacer la tertulia á la dueña de la casa tres de sus amigas más íntimas.

La conversación languidecía, las miradas de las mujeres vagaban distraídamente por la pintura de las paredes ó por el trozo de jardín envuelto en frías nieblas, que se divisaba á través de la galería de cristales.

De pronto abrióse la puerta y entró como un torbellino Laura N., la vivaracha esposa del juez de instrucción de la Latina.

—Os traigo grandes novedades, dijo sin dar tiempo á saludos de ningún género.

Y añadió loca de alegría:

—¡Ya he descubierto el misterio!

—¿Qué misterio?, preguntaron todas.

—El de los guantes de Bernáldez.

—Será lo que nos figurábamos, dijo Rosa; que tiene las manos feas y por eso no se los quita nunca.

—O que le faltan dedos y los lleva postizos, añadió una de las amigas.

—Nada, nada, no adivináis.

—Bueno; pues cuenta en seguida.

Laura, saboreando el efecto que su narración iba á hacer en las oyentes, comenzó de este modo:

—Ya habréis leído en los periódicos de la mañana que anoche se cometió un crimen misterioso en Chamberí. En los primeros momentos se apoderó la policía de dos personas que fueron halladas cerca del lugar del suceso. Pues bien, una de esas personas era...

—¡Bernáldez!

—Justamente. ¡El pobre Bernáldez, incapaz de hacer daño á una mosca, acusado de asesinato! Anoche estaba de guardia mi marido; figuraos su sorpresa al ver que uno de los detenidos como presuntos autores era nuestro amigo. Llevaba como siempre enguantadas las manos, esas manos que nadie ha logrado ver al natural. Después que se le hubo registrado, mi marido le ordenó que se quitara los guantes. El dice que era preciso para ver si tenía señales de lucha reciente; pero estoy segura de que si no lo hizo sólo por curiosidad, por lo menos se alegró mucho de encontrar pretexto para satisfacerla. El juez lo mandaba y no tuvo más remedio que obedecer... ¿Cómo diréis que tiene las manos?

—¡Hija, acaba de una vez!

—Pues como si se las hubieran atravesado por la palma. Dice Pepe que las cicatrices son horribles. ¿Habéis visto las efigies de Cristo desenclavado?.. Algo así.

—¡Es raro!, dijo la dueña de la casa.

—Rarisimo, ¿verdad? Pues más lo es aún la explicación que ha dado de aquellas antiguas heridas.

Antes de referirla os diré que habiendo probado, como era de esperar, ser ajeno al crimen de que se trataba, fué puesto en libertad.

En aquel momento un criado anunció la visita de D. Amadeo Bernáldez.

Un hombre como de cincuenta años apareció en el fondo de la sala.

A no ser por el traje moderno, su magra figura, destacándose sobre el fondo obscuro de la antecámara y encuadrado por el marco de la puerta, hubiera sido la viva representación de un lienzo del Greco.

Su cabeza alargada, de tonos negruzcos, de cabellos cortos y grises peinados hacia arriba, de barba cenicienta y puntiaguda y ojos profundos de una obscuridad extraña, parecía reclamar la encañonada golilla de la época, para asemejarse en un todo á esas imágenes atormentadas y pensativas que nos dejó el pincel incomprensible del Theotocópulo. Bastóle una ojeada para adivinar que él era el objeto de una conversación interrumpida. La presencia de Laura N. le explicó suficientemente el punto sobre qué versaba, y así, cuando se hubo sentado, dijo:

—Indíqueme ustedes por dónde iban de mi historia y yo mismo acabaré de contarla. Puesto que se ha de divulgar mi secreto, que dará á todo el mundo derecho á creerme loco, quiero al menos que se conozca con verdaderos detalles.

Ni por cortesía, ni por ese prurito de mentir que se manifiesta en casi todas las mujeres, se atrevieron aquellas á negar.

Las noticias enigmáticas adelantadas por la mujer del juez, presentaban á sus ojos la persona de D. Amadeo envuelta en una atmósfera de misterio, aumentado por la luz mortecina del anochecer invernal.

En la semiobscuridad aparecía la prolongada cabeza de Bernáldez, cárdena é inmóvil como la de un fantasma.

Después de un momento, Laura se atrevió á hablar.

—Me preparaba á referir lo que contó usted ayer á mi esposo.

El recién llegado pareció recogerse en sí mismo, y con su voz de bajo profundo fué narrando lo que sigue:

—Yo he pasado la primera parte de mi existencia del modo más vulgar que puede imaginarse. A los veinticinco años pensé que el hombre debe hacer algo en la vida, y como la única afición que me había notado era la de las letras, pensé que tal vez podía hacerme un lugar entre los intelectuales, si ponía en conseguirlo todos mis esfuerzos.

De los distintos géneros literarios prefería el cuento, ese relato sencillo y breve que exige tanta invención como una novela, que excluye los largos diálogos y las pesadas descripciones, que puede enseñar,

sin fatiga del lector, tanto como un volumen y producir más emoción estética, por lo mismo que todo en él ha de hallarse condensado.

Mas para dedicarse á este género se necesita una riqueza de fantasía que yo no poseo.

No podía cultivar la literatura *subjetiva* por el escaso estudio que hasta entonces había hecho de mi corazón; para el género descriptivo carecía de esa sensibilidad exquisita que produjo las obras admirables de Loti y de Amicis, y los estudios serios, la novela social, me aburrían.

Una noche me acosté desesperado, después de varias tentativas infructuosas.

Apagué la luz, pero no pude dormir. Experimentaba la sensación de no estar solo en la alcoba. Me parecía que andaban junto á mi lecho, creía oír suspiros, y hubo momento en que sentí sobre la frente un baho de respiración como si alguien se hubiera acercado á mi rostro.

No tuve valor para encender la luz ni para moverme siquiera, y al cabo de mucho tiempo caí en un letargo profundo.

Soñé una historia rara, pero lógica, sin las incongruencias y lapsos de los sueños. Y era en América donde se desarrollaba, y yo veía todos los detalles de las figuras y de los paisajes del Trópico con entera claridad.

Cuando desperté se me ocurrió escribir aquella historia, y después que lo hice, fuí á consultar con un amigo venezolano sobre las descripciones que de los trajes y costumbres acababa de hacer.

Como mi amigo encontrara exacta mi pintura, decidíme á enviar el cuento á un periódico. Y dos ó tres días después tuve la satisfacción de verlo en letras de molde, acompañado de una nota editorial en la que casi se pedía perdón á los lectores por insertar un trabajo de escritor desconocido, excusando tal *atreimiento* con la belleza del artículo y la exuberante imaginación que en él desplegaba su novel autor.

¡Cómo si al gran público, que lee siempre de buena fe, le importaran estas minucias del oficio, ó fuera á gustar de una tontería porque lleve al pie un nombre venerado en los liceos y á despreciar lo que le deleita por no ser académico el que lo escribió!

Desde aquella noche tuve frecuentes ensueños de la misma índole.

Eran siempre visiones nuevas, de distintos países, de lugares desconocidos para mí, agradables ó espantosos, pero de una grandiosidad inimaginada. Escenas contemporáneas ó de tiempos pasados de insuperable fantasía, de interesante trama, de inesperada solución, llenas de poesía y de enseñanza, de pasión ó de sencillez, de perversidad ó de cariño.

Y yo no tenía sino trazar en el papel la historia soñada y enviarla á las revistas ó á los diarios de más circulación, que se disputaban ya mi firma y pagaban por mis cuentos precios desusados. Mi nombre

se veneraba en todos los centros literarios y se discutía acaloradamente sobre mi ingenio, asombrándose todos de la universalidad de mis conocimientos y de la sólida instrucción que suponía la justeza en las descripciones de tantos apartados territorios, de tantas diversas costumbres.

Yo mismo no me daba cuenta de lo sobrenatural de mis ensueños, verdaderas revelaciones que psicólogos y fisiólogos considerarían como fenomenales. Pero en cierta ocasión...

Eran las doce de la noche y me hallaba trabajando en mi despacho. Por primera vez iba a separarme del asunto *dato*, introduciendo una modificación al final, que a mí me parecía necesaria para la mayor emoción artística. Pero este final exigía que faltase a sus deberes de esposa la delicada mujer del principal personaje de la narración, un músico japonés vengativo y terrible, llamado Dsin-Biwa.

Sentía cierta repugnancia á calumniar á aquella linda mujer de ensueño y tuve un momento de perplejidad.

Se me antojaba un acto de injusticia el que iba á cometer; pero, al fin, riéndome de mis pueriles escrúpulos, hice la variación como tenía pensado.

En el momento de firmar el trabajo se abrió silenciosamente la puerta y una persona avanzó en la penumbra.

Un terror sin límites, ese terror que ofusca la inteligencia y anula la voluntad, que llega á enloquecer y á matar, se apoderó de mí; debí lanzar un grito espantoso.

Había reconocido en la persona que entraba á Dsin-Biwa, el rencoroso músico japonés que había visto en sueños la noche anterior.

Con voz reconcentrada y aspecto iracundo se inclinó sobre la mesa para decirme:

—Mi esposa ha sido siempre honrada y fiel; ¿por qué la calumnias?

No contesté porque el espanto había paralizado mi lengua.

—¡Destruye tú mismo esa falsa acusación!, prosiguió el japonés.

Era la única narración en donde ponía algo *mío*, y justamente mientras estuve escribiendo parecióme que era (tal vez por aquella circunstancia) la mejor de cuantas salieron de mi pluma. Así, pues, á pesar del miedo que me embargaba, tuve fuerzas para mover negativamente la cabeza.

—¡Dame ese escrito!, repitió Dsin-Biwa con acento terrible.



Una invocación, escultura de Gilberto Bayes

Y, apresuradamente, temiendo sin duda que alguien pudiera acudir en mi auxilio, quiso apoderarse del cuento.

Para impedirlo, puse sobre los papeles mis manos cruzadas, y entonces el feroz músico, loco de ira, cogió un puñal malayo, que me servía de cortapapeles, y descargó sobre ellas tan formidable golpe que me las atravesó, dejándolas clavadas á la mesa.

En seguida huyó.

Un segundo después, entraba en el despacho Andrés, mi fiel sirviente; corría á la mesa en donde, rugiendo de dolor, me despedazaba las manos por libertarme, y arrancaba el arma, no sin trabajo, porque la hoja se había hundido en la madera más de una pulgada.

Cuando conté lo ocurrido me creyeron demente porque nadie se explicaba por dónde pudo entrar ni salir el agresor. Además Andrés debía haberlo encontrado en el pasillo.

Pero menos aún se comprendía cómo pudiera haberme herido yo mismo, puesto que las dos manos habían sido atravesadas á la vez.

Tal es el origen de estas cicatrices que he ocultado siempre para evitar las preguntas que se me habrían de dirigir. Contestar una mentira me daba miedo, y la verdad no sería estimada, porque *son pocos los que pueden entender estos misterios.*

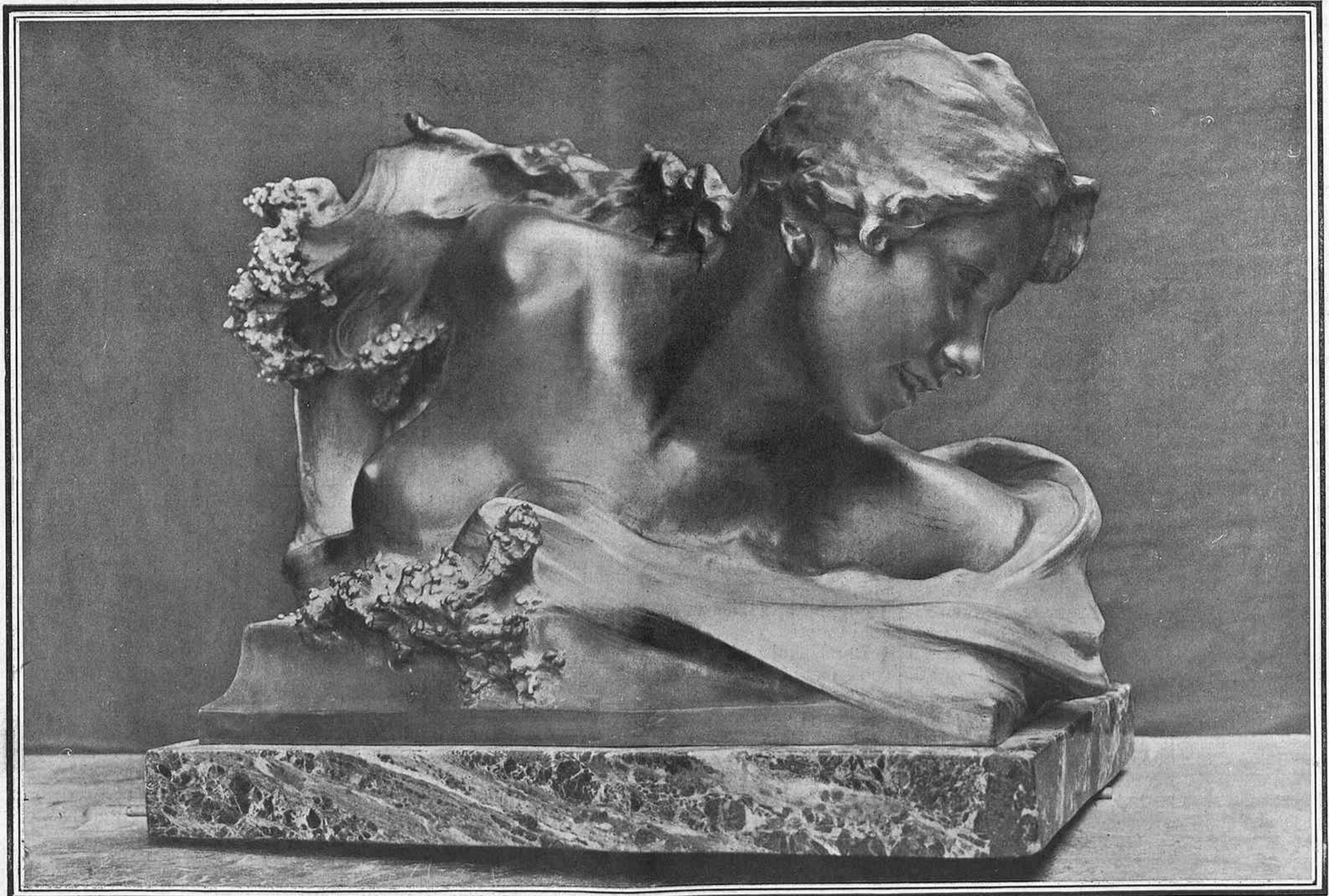
J. SÁNCHEZ GERONA.

(Dibujo de Más y Fondevila.)

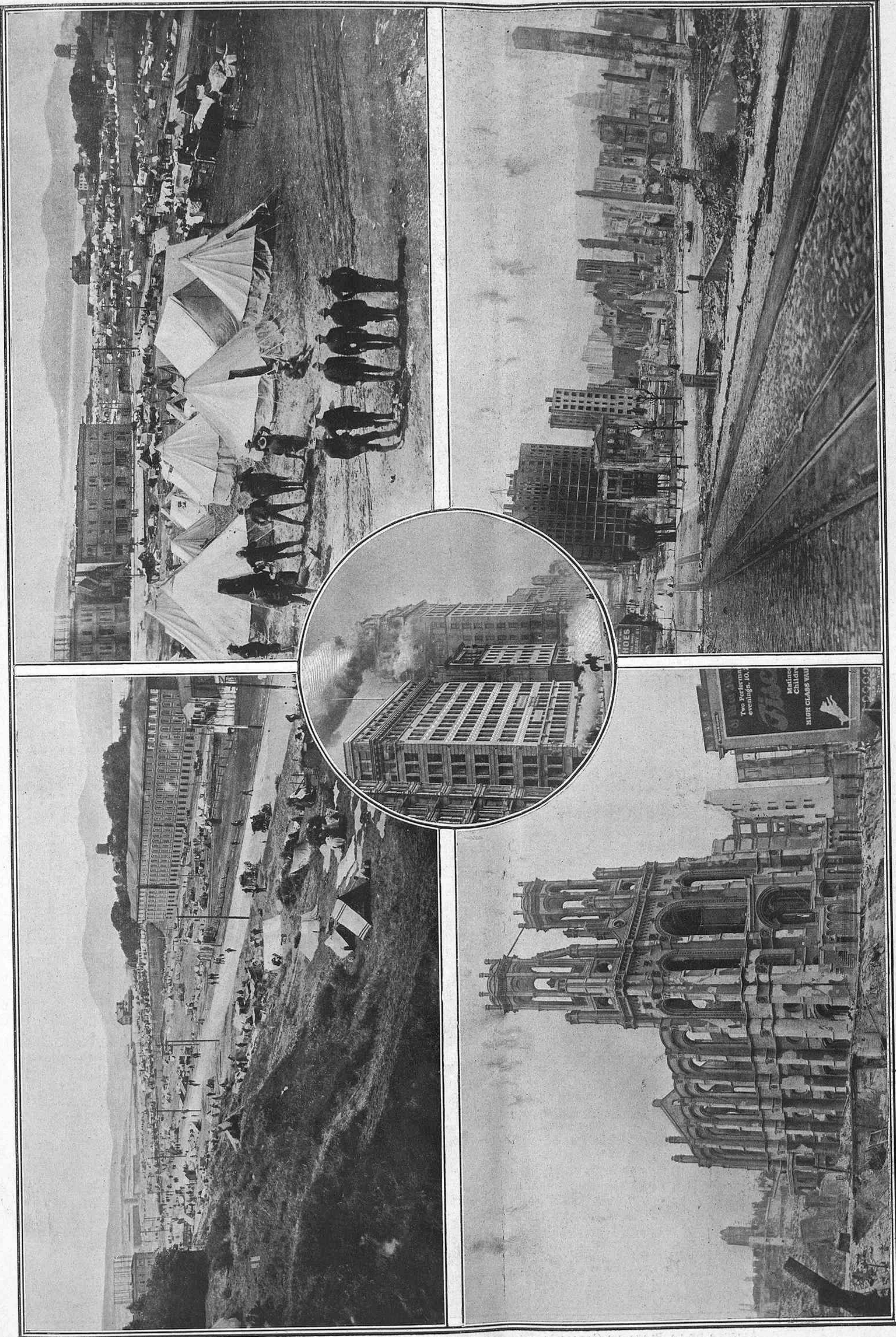
LA CATÁSTROFE DE SAN FRANCISCO

Las últimas noticias recibidas de San Francisco demuestran que los desastres allí causados por el fuego fueron mucho mayores que los producidos por el terremoto; la superficie destruída por las llamas es de unas 15 millas inglesas cuadradas. El incendio comenzó en el barrio mercantil, invadiendo la Market Street y la Kearny Street, es decir, en la más importante arteria del gran comercio y en la vía en donde se hallaban instaladas las mejores tiendas. Igualmente sufrieron daños enormes los barrios de Tar Flat, con sus talleres, saladeros y grandes almacenes de frutas; Potrero, con sus inmensas fábricas de máquinas; y Butchertown, con sus grandiosos mataderos. Al Noroeste de la Market Street, quedaron reducidas á cenizas la Barbary Coast, con sus viviendas de marineros y sus almacenes de géneros; Chinatown, Nob Hill, en donde estaban las viviendas de la antigua aristocracia del dinero; y al Oeste, Hayes Valley, cuyas casas eran casi todas de madera, y el distrito de la Mission, que contaba con una población muy densa.

Los edificios de construcción moderna, especialmente los construídos con hierro y acero, han resistido mucho mejor que los demás los efectos del terremoto y del incendio, y alguno de ellos, como el llamado Call, apenas ha sufrido desperfectos. En cambio los construídos con ladrillos han quedado, en su mayoría, totalmente derruídos.



Náyade, escultura de Miguel Blay



SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA.—CONSECUENCIAS DEL TERREMOTO Y DEL INCENDIO. (De fotografías de «Photo Nouvelles.»)

Campamento instalado en Fort Mason. — Refugiados en el campamento de Fort Mason. — El edificio del Call construido de acero, cuya armazón resistió al terremoto. Ruinas del templo Manuel. — Vista de la Powell Street



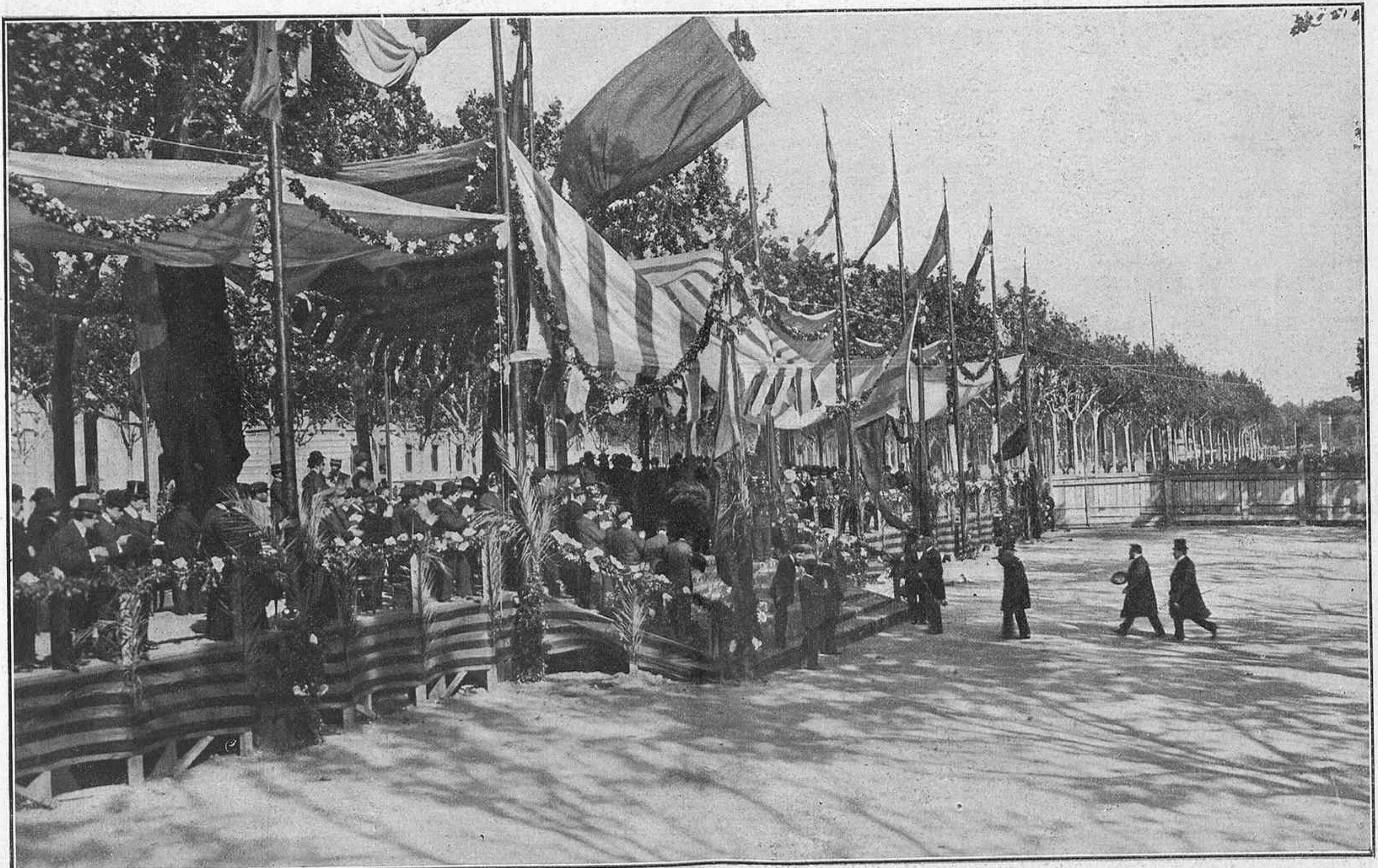
LLEGADA DE LOS DIPUTADOS EL DÍA 20 DE LOS CORRIENTES. ASPECTO DEL PASEO DE GRACIA AL DIRIGIRSE LOS DIPUTADOS AL HOTEL COLÓN, EN DONDE SE HOSPEDARON
Una multitud inmensa aplaudió frenéticamente á los diputados durante el trayecto desde el apeadero del ferrocarril hasta el hotel



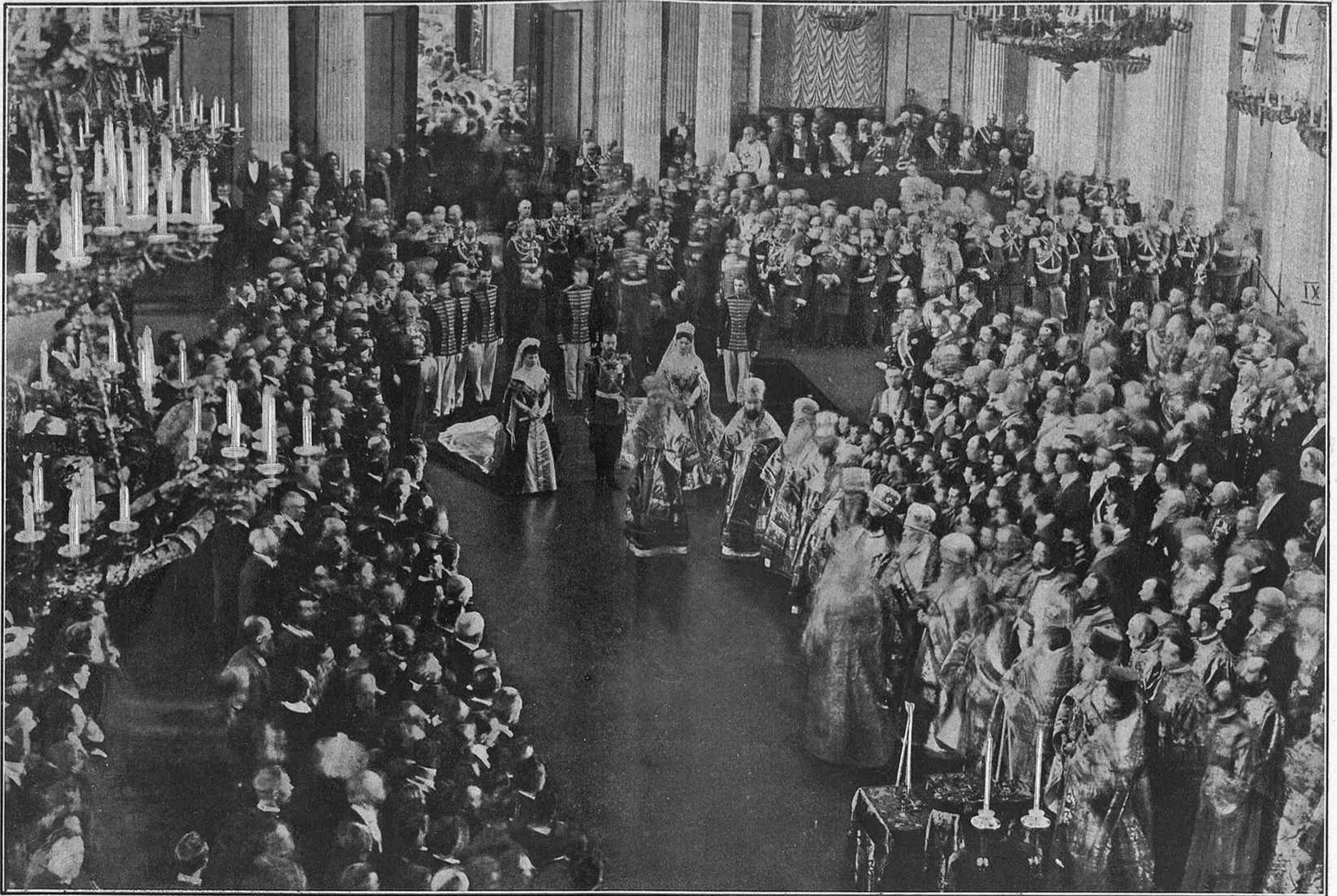
ASPECTO DE LA PLAZA DE CATALUÑA Á LA LLEGADA DE LOS DIPUTADOS AL HOTEL COLÓN
Al llegar los diputados al hotel fueron saliendo uno á uno á la tribuna central, desde donde saludaban al público que, formando una masa enorme, les acogía con grandes aplausos
BARCELONA.—FIESTAS DEL HOMENAJE DE LA SOLIDARIDAD CATALANA. (De fotografías de A. Merletti.)



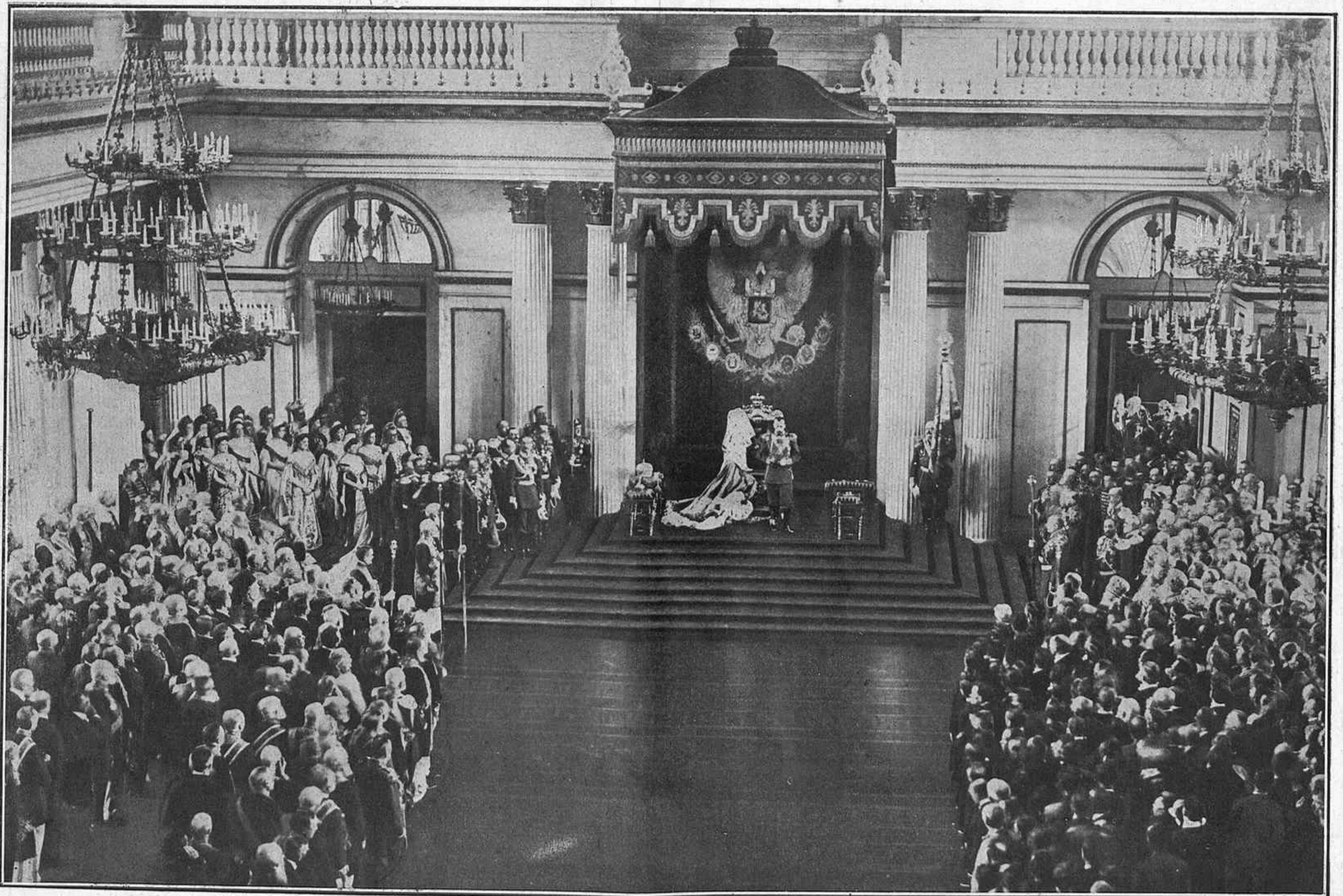
LA MANIFESTACIÓN DE LA TARDE DEL 20 DE LOS CORRIENTES. — ASPECTO DE LOS ALREDEDORES DEL ARCO DE TRIUNFO ANTES DE LA LLEGADA DE LOS DIPUTADOS
 Desde mucho antes de la hora fijada para la manifestación, el Paseo y el Salón de San Juan estaban llenos de gente que esperaba la llegada de los diputados, á los que tributó una ovación indescriptible



LOS DIPUTADOS DIRIGIÉNDOSE Á LA TRIBUNA LEVANTADA EN EL SALÓN DE SAN JUAN PARA PRESENCIAR EL PASO DE LA MANIFESTACIÓN
 Cerca del Arco de Triunfo habíase construído una espaciosa tribuna de 60 metros de largo por cinco de ancho, cubierta por un amplio velarium y adornada con profusión de banderas, gallardetes, flores y ramaje; en ella se situaron los diputados, los representantes oficiales de las corporaciones y los individuos de la comisión.
BARCELONA.—FIESTAS DEL HOMENAJE DE LA SOLIDARIDAD CATALANA. (De fotografías de A. Merletti.)



SAN PETERSBURGO. — INAUGURACIÓN DE LA DUMA EL 10 DE LOS CORRIENTES. — El tsar Nicolás II, precedido por el metropolitano Antonio, llevando á su derecha á la tsarina madre y á su izquierda á la tsarina reinante y seguido por el cortejo imperial, entra en el salón de San Jorge del Palacio de Invierno. En primer término, el altar dispuesto para la ceremonia religiosa. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



SAN PETERSBURGO. — INAUGURACIÓN DE LA DUMA. — El tsar Nicolás II leyendo el discurso del trono en el salón de San Jorge. Al lado del tsar se ven las insignias imperiales enviadas desde Moscou: el manto, la corona, el globo del imperio. En el estrado, dos altos dignatarios llevan el estandarte y la espada. En el ángulo de la izquierda están las dos tsarinas rodeadas de las damas de honor; en el de la derecha, el metropolitano Antonio y los altos miembros del clero. En el salón, á la derecha, los diputados de la Duma; á la izquierda, los miembros del Consejo del Imperio. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



DIPUTADOS ALDEANOS Á LA PUERTA DEL PALACIO DE LA TAURIDA, EN DONDE CELEBRA SUS SESIONES LA DUMA. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



SAN PETERSBURGO. INAUGURACIÓN DEL CONSEJO DEL IMPERIO EL 11 DE LOS CORRIENTES. — Sesión de apertura en el gran salón de la Asamblea de la Nobleza. En el estrado, el barón de Ixkull, de pie, á la izquierda del conde de Solsky, presidente, lee la fórmula del juramento de fidelidad al tsar autócrata (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

FIESTAS DEL HOMENAJE DE LA SOLIDARIDAD CATALANA

Apenas aprobada por las Cortes la llamada ley de las jurisdicciones, constituyóse en Barcelona una comisión en la que estaban representados los partidos regionalista, republicano y carlista catalanes, con objeto de estudiar los medios más adecuados para tributar un homenaje de gratitud á los diputados y senadores que habían combatido aquella ley. Esos senadores y diputados eran los señores Salmerón, Rusiñol, Vázquez de Mella, Arana, Zulueta, Azcárate, Menéndez Pallarés, Albó, Soriano, Necedal, Girona, Corominas, Labra, Orueta, Perojo, Balbás, Canals, Sardá, Rahola, Pi y Arsuaga, Garriga, Junoy, Salvatella, Morote, Alvarez, Bertrán y Musitu, Nogués, Mayner y Alegret, representantes de distritos de diversas regiones y pertenecientes á los más opuestos partidos, carlistas, integristas, conservadores, liberales, republicanos unitarios, republicanos federales y regionalistas.

Como resultado de los acuerdos de dicha comisión organizáronse las Fiestas del Homenaje de la Solidaridad Catalana, que se han celebrado en esta ciudad en los días 20, 21 y 22 del corriente.

En la mañana del día 20, llegaron los invitados en el tren expreso de Madrid, descendiendo en el apeadero del Paseo de Gracia, en donde les esperaban los diputados catalanes, el Ayuntamiento de Barcelona, una representación de la Diputación Provincial y numerosas comisiones. Con ellos llegaron los diputados vascos Sres. Llorente y Sánchez Marco y los individuos de la Liga Foral de Guipúzcoa Sres. Olozábal, Larreta y Albizu. Por la tarde llegó el senador Sr. Seoane.

El Paseo de Gracia estaba lleno de una multitud inmensa que saludó á los ilustres viajeros con entusiastas salvas de aplausos, que no cesaron en todo el trayecto comprendido entre el apeadero y el Hotel Colón, en donde aquéllos se hos-

pedaron. Los organizadores de las fiestas habían recomendado que no se diera ningún viva, ningún grito; y ni un grito ni un viva salió de aquella masa incontable. Llegaron los senadores y diputados al hotel y uno á uno fueron asomándose á la tribuna central y saludando al público que llenaba la amplia

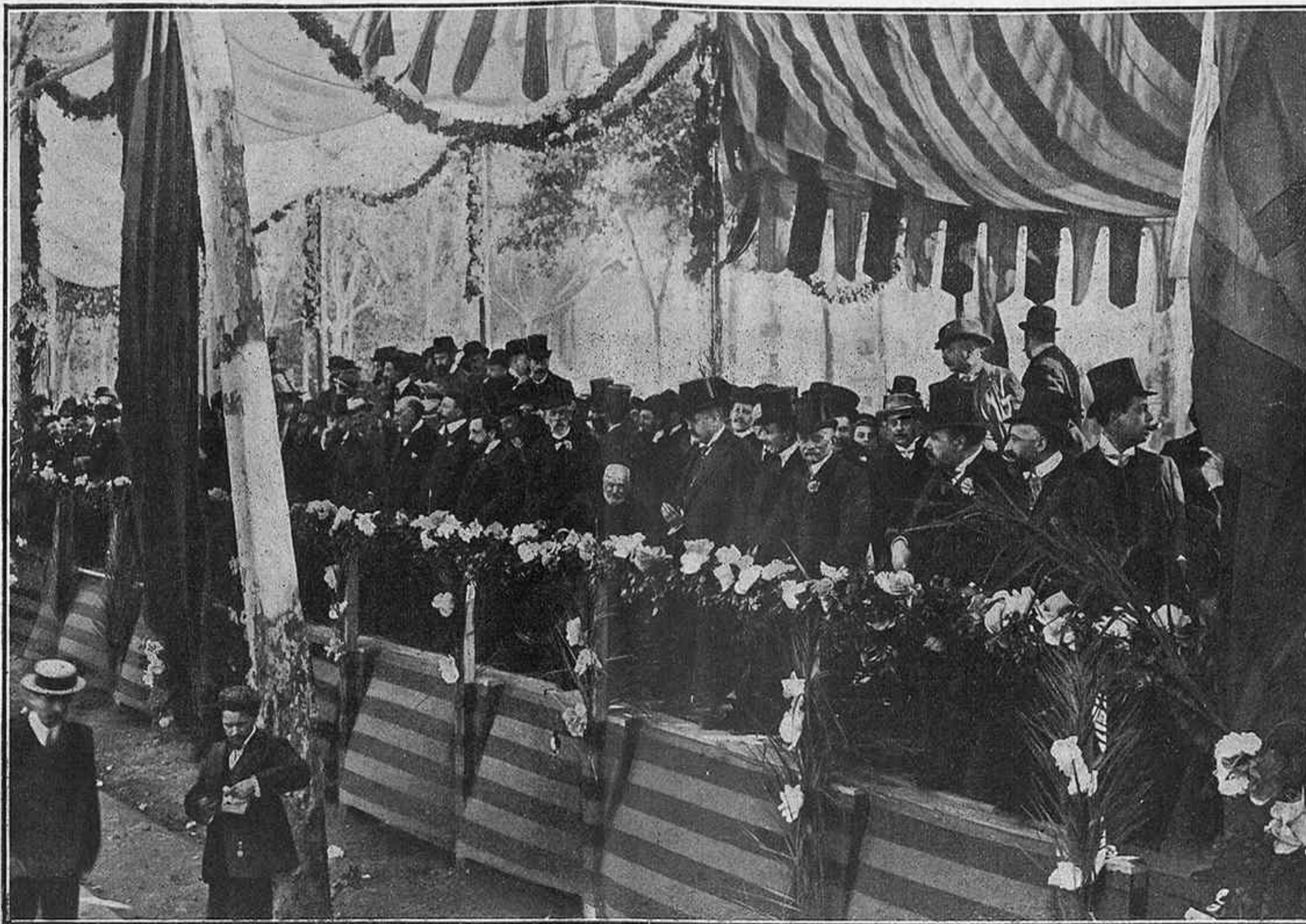
presenciar el desfile de la manifestación, que duró más de cuatro horas.

Es imposible describir y aun formarse idea de un acto tan imponente, tan grandioso, tan admirablemente organizado, tan serio. Ni un grito, ni un viva, ni el menor desorden turbó la magnificencia y la majestuosidad de aquel espectáculo nunca visto. No cabe dar una cifra ni siquiera aproximada del número de manifestantes; calcúlase que no bajarían de 150.000 y algunos llegan hasta asegurar que se acercaban á 200.000; el de las personas que en la calle y en los balcones se asociaron con sus aplausos á la manifestación no es aventurado afirmar que era muy superior á esta cifra.

Por la noche, las sociedades corales euterpenses obsequiaron á los senadores y diputados con una serenata.

El día 21 lo dedicaron los senadores y diputados á visitar al Ayuntamiento, á la Diputación Provincial, la Universidad, el Instituto, la Casa de Maternidad y Expósitos y varias fábricas. Por la noche asistieron á la función organizada en su honor en el teatro Principal.

El día 22 celebróse la jira al Tibidabo, que fué también una fiesta grandiosa. Después del banquete, en el que hubo 325 comensales, pronunciaron desde una tribuna levantada al aire libre elocuentes discursos los Sres. Pi y Arsuaga (federal), Orueta (fusionista), Canals (conservador), Arana (carlista), Rusiñol (regionalista) y Salmerón (republicano). Por la noche, asistieron á la sesión solemne del Ayuntamiento dedicada á colocar en la Galería de Catalanes ilustres los retratos de Verdagner, Pi y Margall, Dr. Robert, Figueras y Ferrer y Vidal. Con esta ceremonia terminaron las fiestas de la Solidaridad Catalana, cuyos organizadores señores Cambó, Roca y Roca y Junyent pueden sentirse satisfechos del éxito de las mismas y merecen las más calurosas felicitaciones por el acierto con que las dispusieron y realizaron. — M.



BARCELONA. — FIESTAS DEL HOMENAJE DE LA SOLIDARIDAD CATALANA. — ASPECTO DE LA TRIBUNA DE LOS DIPUTADOS AL PASO DE LA MANIFESTACIÓN. (De fotografía de A. Merletti.)

plaza de Cataluña y no cesaba de aplaudirles con delirante entusiasmo.

Por la tarde, celebróse la manifestación, que se extendía desde la Granvía Diagonal al Salón de San Juan, por el Paseo de Gracia y calle de las Cortés, en una línea de cerca de cuatro kilómetros.

Los senadores y diputados, después de recorrer en coche y entre estrepitosos aplausos la larga línea de la manifestación, subieron á la tribuna levantada en el Salón de San Juan, para

plaza de Cataluña y no cesaba de aplaudirles con delirante entusiasmo. Por la tarde, celebróse la manifestación, que se extendía desde la Granvía Diagonal al Salón de San Juan, por el Paseo de Gracia y calle de las Cortés, en una línea de cerca de cuatro kilómetros. Los senadores y diputados, después de recorrer en coche y entre estrepitosos aplausos la larga línea de la manifestación, subieron á la tribuna levantada en el Salón de San Juan, para



FIESTAS DEL HOMENAJE DE LA SOLIDARIDAD CATALANA. — PASO DE LA MANIFESTACIÓN POR DELANTE DE LA TRIBUNA EN DONDE SE SITUARON LOS DIPUTADOS (De fotografía de A. Merletti.)

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

—Si quieres...

—Yo lo creo que querré..., quiero ya...

—Espera que crezcas, amigo, tiempo tienes.

Juan le palpaba por todas partes admirando su precoz vigor, que le hacía representar más edad que la que tenía. El niño se reía porque le hacía cosquillas.

De repente se puso grave para hacer esta reflexión:

—Yo también compraré un castillo.

—¿No te basta este?

—No, este es para ti, Reteuil para la abuela y yo necesito el mío, que será muy hermoso, porque yo seré muy rico...

Valroy se estremeció y una sombra pasó por sus ojos. Miró las cartas esparcidas ante él y dijo lentamente con cara sombría:

—¿Serás muy rico? ¿Quién te ha dicho eso?

—Todo el mundo...

—Todo el mundo no es nadie. ¿Quién?

—Te digo que todo el mundo... Berta, por ejemplo...

—¡Ah! Berta...

En este momento apareció en la puerta la flaca silueta de la vieja, que tosió para hacer notar su presencia, y dijo:

—La señora espera al señor conde.

Dió media vuelta y se alejó muy tiesa por el corredor...

—¡Vamos allá!, dijo Juan dejando á su hijo en el suelo.

Y los dos, sin prisa, como por obligación, se dirigieron á las habitaciones de la condesa, en la otra ala del castillo.

Juan penetró en la pieza oscura y Jacobo se quedó en el umbral con las manos caídas; se aburría en aquella sombra y el éter le aturdió.

Las primeras palabras fueron lo que debían ser y la acogida lo que era de esperar. Cuando Juan se inclinaba hacia la eterna enferma para depositar en su frente lívida el beso convencional, que ella deseaba tan poco, la condesa le rechazó brusca y violentamente, gritando con voz furiosa:

—¡Qué horror! ¿De dónde sale usted? Apesta usted á almizcle...

II

Una vez, por poco se hace traición Berta. El país estaba diezmado por una epidemia de fiebre tifoidea y en todas las aldeas fueron atacados los niños. Hubo numerosas muertes y reinaba la consternación en las cabañas como en los castillos.

Uno de los primeros ataques fué José Garnache y el mal se declaró en seguida con gran violencia. El niño estuvo en peligro y el pabellón del guarda de caza se envolvió en un silencio de terror. Regino no se apartó del lecho del enfermo, así como Sofía, y los dos, reteniendo el aliento, espían su delirio y no separaban la vista de él ni un momento.

La madre, mientras tanto, corría por los campos. Para ella la epidemia, al atacar á José, no había producido más que un resultado: hacerle temer que el otro, en el castillo, fuese atacado á su vez.

Este miedo no le dejaba vivir. Todas las mañanas, después de haber echado una mirada distraída al enfermo, unas veces caído y otras agitado, tomaba la puerta y subía á Valroy.

No respiraba ni descansaba hasta que encontraba algún criado y le oía repetir que no había nada de nuevo y que todo iba bien. Si no encontraba á nadie, esperaba escondida en la espesura, pues no se atrevía á dejarse ver, sabiendo que á todos les extrañaba que abandonase á su hijo enfermo.

¡Ah! Su hijo...

Esperaba que Jacobo apareciese en el terrado como todos los días á eso de las nueve, ó solamente oírle reír, cantar, silbar á los perros, en sus habituales manifestaciones de vida activa y exuberante.

En el pabellón, Regino y Sofía movían la cabeza y no comprendían. Ciertamente, Berta tenía siempre razón; pero en este caso les parecía que no obraba bien.

Algunas veces el niño, con su cara de cera, abría unos ojos agrandados por la fiebre y los volvía á derecha é izquierda, como buscando algo á su alrededor.

Garnache, con el corazón partido, creía comprender. —¿Tu madre, hijo mío? Va á venir..., está ahí, al lado, muy cerquita...

Y su ruda voz se esforzaba por ser amable á fin de convencer y tranquilizar. Buena falta hacía que los hombres hiciesen el oficio de mujeres, y guardasen los niños en casa, puesto que las mujeres se iban ahora á correr por los campos, como los hombres, y no volvían.

Sofía no era de éstas. La pobre mujer temblaba considerando la marcha y los progresos del mal y hubiera dado los ojos y el corazón porque el niño se levantase curado. Tenía por él el cariño irracional de las naturalezas brutales. Era el hijo de su hermana y no le hubiera querido más si hubiera sido suyo; acaso menos, pues hubiera sido menos bonito y menos listo. Así lo pensaba ella y así lo decía.

Su ternura de bestia adicta se agarraba á aquel cuerpecito ardiente que parecía volver á la tierra y quería defenderle contra el mundo entero. Si el niño hubiera muerto, de seguro hubiera aullado con el cadáver en los brazos, como una salvaje ó como una loca.

Pero, así defendido, aun faltando su madre, el pequeño debía vivir.

Berta continuaba sus expediciones y hasta las multiplicaba. Nada podía calmar su inquietud y todo la aumentaba. La situación empeoraba en la comarca; donde antes había cinco casos, ahora había diez, y de los diez morían siete.

Berta estaba dominada por esa idea fija de día y de noche, al lado de José y hasta en los peores momentos; el viento de la desgracia empujaba la puerta del castillo. Jacobo estaba atacado. ¿Qué iba á hacer ella?

Impulsada por estas ideas, se levantaba bruscamente, presa de crisis nerviosas frenéticas, y no recobraba un poco de calma hasta que, en los alrededores de Valroy, las idas y venidas tranquilas de los habitantes del castillo indicaban la seguridad.

Un día, en una de esas visitas impulsivas, cuando subía la cuesta del castillo, alarmada ya por no ver á Jacobo y buscándole con los ojos, se encontró cara á cara con el conde Juan.

Hacia años que el conde no la hablaba y hasta la evitaba, como á un incesante recuerdo de un pasado sin gloria que, acaso, le humillaba. El conde la recibió duramente.

—¿Qué hace usted aquí? Su sitio de usted está al lado de su hijo, que se encuentra muy mal, según me han dicho... Y usted corriendo por los caminos... Vuélvase á su casa... Además, quién sabe si trae usted el contagio en las faldas...

Berta le escuchaba sin comprenderle, saltando de un pie á otro para buscar la ligera silueta de Jacobo entre los árboles. El conde se impacientó.

—¿Ha entendido usted? Váyase de aquí.

La mujer juntó las manos y murmuró:

—¡Jacobo!

Su actitud fué tan suplicante y tan dolorosa la expresión de su cara, que el conde, aunque no se explicaba tales extremos, respondió con más dulzura:

—Jacobo se ha despertado con la cabeza un poco pesada... y todavía está durmiendo... Pero no es nada; puede usted estar tranquila.

Después, mirándola fijamente á los ojos, pronunció esta frase, que no tenía sentido preciso para él, pero que le advirtió á ella que debía ser prudente:

—¿Sabe usted que es una extraña nodriza y una mala madre?

Berta balbuceó una vaga respuesta. Quería á los dos niños..., al suyo más, por supuesto, pero al otro inmediatamente después... La mujer sudaba al decir tales blasfemias.

En cuanto estuvo sola entre la espesura, levantó los brazos al cielo y gritó llorando:

—¡Jacobo! ¡Jacobo!

Las palabras del conde la habían desgarrado.

¡Ah, el imbécil!... ¡Que no era nada! ¡Nada la ca-

beza pesada y el sueño invencible!.. Berta lo sabía bien, puesto que había visto á José...

¿Qué iba á ser de ella si Jacobo caía enfermo? No podría verle, ni velarle, ni sufrir con él, ni morir al mismo tiempo si el horrible destino exigía que él muriese.

¡Y era su madre, sin embargo!

En pie en el bosque, en medio de la alegría de la mañana, Berta confesaba su crimen y reivindicaba sus derechos. A su alrededor se deslizaba el sol á través de los árboles y se extendía en manchas claras; de cada hoja pendía aún una gota de rocío y el ruidoso pueblo de los cantores alados se desgañitaba en las cimas y celebraba la vida en transportes de éxtasis.

Y de repente, tuvo Berta una rápida visión. Se vió á sí misma en aquel lugar llevando de la mano á un niño vestido de aldeano. Era aquel á quien llamaban Jacobo siendo José. Berta no le había entregado á un extraño y le había conservado á su lado. Toda la antigua historia no era más que un mal sueño. Era madre, poseía á su hijo y éste la amaba... Después, todo se borró y se encontró sola.

Con la cabeza baja, tomó entonces el camino del pabellón del guarda, dejando detrás de ella su corazón, contra toda apariencia, y marchando á pesar suyo hacia su hogar, cuya llama se enfriaba en sus manos.

Aquel fué el primer día en que José Garnache pareció recobrar algún gusto por la existencia. El niño conoció á su gente y les sonrió á todos, pero Berta no manifestó ningún contento. Estaba distraída, lejana, con el cuerpo allí y el alma en otra parte. Garnache notó una vez más aquella indiferencia y su sencilla mente se contristó. El guarda resolvió querer doble á su hijo, ayudado por Sofía, que no deseaba otra cosa.

Durante el día, Berta no hizo más que inspeccionar y vigilar los dos caminos que se cruzaban delante del pabellón. De pronto sus ojos se pusieron fijos y angustiados, mientras sus facciones se anegaban en una intensa palidez. Había visto entre el polvo un coche del castillo, tirado por el mejor caballo, que huía furiosamente como impulsado por un viento de catástrofe.

Iba en el coche Juan de Valroy solo, y arreaba á aquel coballo, al que tenía que contener de ordinario. ¿Adónde iba Juan á aquella hora?.. ¿A la ciudad?.. ¿Para qué?.. A buscar un médico. Jacobo estaba atacado, era indudable. Berta se puso como loca.

Durante hora y media permaneció junto á la ventana, tiesa, con las manos inertes á lo largo del cuerpo y la mirada fija en el camino. Llovía, y no lo notaba. Nadie supo jamás lo que Berta pensó y vió en aquellos minutos, pero fueron seguramente la primera estación dolorosa de su futuro calvario. Más adelante debía conocer otras más trágicas todavía; pero, ya espantada, creyó sentir una mano vengadora que pesaba sobre ella é inclinó la espalda al castigo. Nadie puede rehacerse el alma á su gusto. Berta seguía siendo campesina y supersticiosa.

A la hora y media reapareció el coche de vuelta á Valroy. Juan no volvía solo; Berta no se había engañado, pues vió á su lado al médico.

Ahora bien: si en aquellos momentos Berta estaba loca, Juan no se encontraba mucho mejor y temblaba, lívido y sin valor. La condesa había salido un momento de su sopor para gemir y maldecir al destino; pero después se dió dos inyecciones de morfina en vez de una, y se sumió de nuevo en sus ensueños.

Solamente la señora de Reteuil, á la que llamaron á toda prisa, mostró alguna presencia de ánimo y algún buen sentido. La viuda tomó la dirección de aquella casa demente, y bajo su acción se regularizó la nueva vida.

Sí, Jacobo, á su vez, estaba en un mal trance, y era además un terrible enfermo, impaciente, voluntarioso, que rechazaba cuidados y medicinas y se negaba á toda persuasión. Su padre mismo fracasaba en sus tentativas al chocar con una obstinación feroz y una furiosa rebeldía.

Pero, al tercer día, toda aquella fuerza cayó y el niño no fué más que un cuerpo inerte que se mane-

jaba sin resistencia, lo que resultó todavía más lamentable, pues el silencio y la inmovilidad de aquella cama, tan agitada y ruidosa el día anterior, parecían un adelanto del resultado definitivo y un principio del fin que se temía.

Las noticias se propagaban fuera hora por hora.

Berta cayó desde el primer día en la desesperación. La noche fué para ella una larga pesadilla. Entre Regino y Sofía, que persistían en velar á José aun estando fuera de peligro, la madre miraba á éste sin verle, y tenía al otro en el pensamiento y ante los ojos.

Su marido y su hermana hicieron dos ó tres veces un esfuerzo para atraerla hacia ellos. Berta se estremecía, volvía unos ojos asustados y contestaba:

—¿Qué?.. ¿Qué hay?.. ¿Qué tengo?.. No tengo nada.

Y volvía á caer en su marasmo. Garnache hablaba en voz baja para no despertar al pequeño, y decía:

—No es este el momento de arrancarse los cabellos... ¡Está salvado!

Y aquella extraña madre levantó la cabeza y exclamó casi gritando:

—¿Quién está salvado?.. ¡Ah!.. ¡Este!..

Y mostró con la cabeza al que no la interesaba... Sofía, indignada, se atrevió á decir:

—Eso no está bien, hermana. Te remueves más la bilis por el hijo del castillo que por el tuyo propio. Deja en paz á Jacobo. Si está verdaderamente enfermo, no le faltarán cuidados. Tiene diez personas á su alrededor, su padre, su madre, su abuela y todos los criados.

Berta interrumpió:

—¡Su madre!

Equivocándose sobre el sentido de esa exclamación, la pobre muchacha fea, cuyo corazón era tan hermoso, contestó:

—Es verdad que su madre no sirve para gran cosa...; pero, sin embargo, en este caso ya se despabilará... Todas las madres se despabilan por sus hijos.

Berta le echó una mirada indefinible y respondió suspirando:

—¡Ay!

Regino apoyaba y ampliaba las palabras de Sofía.

—No, lo que es aquel no carecerá de nada... Tienen de qué y no miran el gasto... La fortuna es buena algunas veces..., en las enfermedades sobre todo.

José se despertó y su pálida y demacrada cara se iluminó al ver alrededor de su cama á toda su gente. Tendió indistintamente los brazos al grupo, y ya Regino y Sofía estaban en pie, poseídos de ardiente alegría...

—¡José!, hijo querido; ¿te sientes bien, muchacho?

El niño sonrió á aquellos dos adictos; pero, detrás de ellos, estaba su madre postrada y sin verle ni ocuparse de él.

Garnache, entonces, se irritó.

—Mujer, dijo con voz sombría. ¿Dónde estás? ¿Qué te sucede?.. No has llorado cuando nosotros llorábamos, ni ríes cuando hay que reír... ¿Has pasado toda tu alma con tu leche á ese niño feliz que no te necesita?

Berta le respondió con mal modo:

—¡Bah!.. ¡Déjame en paz!

Regino se encogió de hombros y no insistió, pero quiso menos á Berta. Sofía estaba meciendo á José en los brazos... El niño tenía una madre, después de todo.

Durante las tardes de gran fiebre, era lúgubre la escena en el cuarto de Jacobo. Aquella pieza del piso bajo formaba el ángulo del ala izquierda y tomaba luz de dos ventanas, la una al Norte y la otra al Oeste.

De ordinario era alegre. El sol poniente encendía fuegos en sus cristales irisados, y el viento saludable entraba allí danzando, barriendo los papeles y los objetos sin consistencia y dejando olores de resina tomados al pasar á los pinos del bosque. Aquella habitación resonaba de ordinario, mañana y noche, con las risas y las canciones de su habitante, que volaba durante el día.

Ahora, el habitante yacía sin conciencia en su cama, devastado por la fiebre, y en todo el día se oía nada más que murmullos en aquella alcoba trágica donde se andaba de puntillas.

A la derecha, en una butaca, Juan con la vista en su hijo; á la izquierda, la señora de Reteuil, repentinamente convertida en mujer seria, y también con la mirada fija en el niño.

Dos ó tres veces al día, aquellos fieles vigilantes oían voces ahogadas detrás de la puerta, que se abría para dar paso á la lamentable figura de la madre, la cual iba hacia el enfermo, impulsada acaso por el cariño, y seguramente por el deber. Llegaba sostenida y casi llevada por la repulsiva criada de facciones

duras y ojos aviesos; llegaba, espectral, desesperante, con los ojos anegados en una expresión de extravío, y Juan, al verla, se estremecía de terror y de cólera, pues le parecía que era la muerte que entraba á quitarle su hijo.

Y aquella madre, en pie junto á la cama del niño privado de conocimiento, balbucía incoherencias y llamadas á Dios... A Juan le daban ganas de echarla, pero no podía. Y era para él un alivio, cuando, á los diez minutos de inútil presencia, se marchaba tratando de levantar hacia la clemencia divina sus brazos enflaquecidos, con un ademán de cuervo herido probando las alas.

Vuelta á su cuarto, con un frasquito debajo de la nariz, volvía á caer en su sopor y en su indiferencia. Por otra parte, no razonaba y había renunciado á asociar los hechos y sus consecuencias. Aquel niño, al que veía morir arrebatado por la fiebre, pocos minutos después, en un sueño brumoso, se le aparecía hombre y se pegaba un tiro en la sien delante de ella.

Así duplicaba los personajes según la ocasión y las necesidades de su tristeza, pero todo lo que imaginaba era, sin excepción, fúnebre y terrible.

Sus visitas al enfermo la sostenían en la convicción de una fatalidad encarnizada en la desgracia de su raza y le daban nuevo alimento para sus horribles ensueños. El cloral, el éter y la morfina dramatizaban y desmesuraban aún más sus visiones; y de este modo ocupaba las lentas horas del día y las más lentas aún de la noche.

En otro orden de terrores más simples y más racionales, Berta sufría también torturas de agonía.

Daba vueltas sin cesar por los alrededores del castillo, acechando las idas y venidas, y algunas veces, á paso de lobo, como un criminal que trata de cometer un asesinato, se arriesgaba por la noche á llegar hasta las ventanas, y si las persianas estaban abiertas, trataba de distinguir en la penumbra del cuarto aquel cuerpecito echado en la cama y que llenaba para ella todo el universo.

Berta sufría tanto en aquellos días, que, aun siendo una miserable, merecía lástima. Berta lloró y se maldijo á sí misma, arrepentida, humillándose ante lo que ella llamaba más y más su castigo. Caída de nuevo en todas las credulidades de la infancia, sentía pesar sobre ella la mano de Dios.

Estaba flaca y lívida, feroz y horrible; sus ojos, enrojecidos después de agotar las lágrimas, brillaban siniestramente en las cavernas de sus órbitas.

Una noche en que la fiebre había caído un instante y Jacobo estaba lúcido, aunque abatido, sin fuerzas y refugiado por entero en el apoyo de los que le rodeaban, el niño paseaba alrededor de su cuarto las miradas de asombro de un ser que ha olvidado la vida.

De repente sus miradas se precisaron y se fijaron obstinadamente en la ventana, y en la cara descarnada del niño se pintó una indecible expresión de espanto.

Jacobo miraba aterrado y con un grito ronco en la garganta; trató de levantar el brazo para designar algo, pero el brazo volvió á caer, y el enfermo se reclinó en la almohada con la cara convulsa.

Valroy, que había seguido la mirada del niño, vió á su vez detrás de los cristales de la ventana una cabeza desgreñada y furiosa, loca de pasión y de angustia, aparición de pesadilla propia para espantar á seres más seguros de sí mismos que un triste niño enfermo.

Juan estuvo fuera en tres saltos. La cólera le ahogaba.

—¡Miserable!

Al verle y al oír ese grito, Berta retrocedió como si se despertase; pero, todavía estúpida, murmuraba sonidos inarticulados.

El conde se adelantó hacia ella con los puños levantados.

—¿Quieres matarle con esos sustos?.. Te ha tomado por la muerte y la verdad es que lo pareces...

Berta cayó á sus pies sacudida por los sollozos y diciendo frases incoherentes:

—Vive... vive... Perdón... No podía... Está ahí, tan cerca..., tan lejos... Usted comprende... No puedo...

El conde se serenó, pero una vez más la extraordinaria ternura de aquella mujer por su hijo le asombró y casi le alarmó.

—Sí, vive, dijo; le tengo bien y no le soltaré... Pero tú (la tuteaba sin darse cuenta de ello), ¿por qué sufres tanto por él?.. José te preocupa menos... Cualquiera diría...

Humillada á sus plantas, Berta levantó la cabeza. Su astucia de campesina y su audacia de mujer le dictaron la respuesta. Sencillamente y con la voz anegada en tristeza, replicó:

—Es su hijo de usted...

La vanidad de los hombres es tan grande y tan generosa, que el conde aceptó el argumento sin observación. Estaba convencido. Y con voz más dulce, añadió, levantando á aquella pobre mujer:

—Vamos, Berta, hay que mirar delante de nosotros y no detrás... Vete... y no vuelvas á darnos semejantes sorpresas. A Jacobo le salvaremos, no tengas cuidado. Dentro de quince días comerá su sopa. ¡Ea, vete!..

La rechazaba, pero sin cólera y conmovido en el fondo de su corazón por aquella pasión persistente. La comedia había sido superiormente representada.

Vuelta á la espesura, bajo los negros árboles del camino, Berta tuvo una risa salvaje. ¡El imbécil!.. ¿Amar á alguien que no fuera Jacobo? Sí, para eso tenía el tiempo. En fin, Jacobo estaba mejor, que era lo principal... Sí, le salvarían.

Tranquilizada así por Juan y por sí misma, continuó burlándose:

¡Qué bien le he dicho: es su hijo de usted! Yo hubiera podido representar en el teatro; esta escena me la hubieran aplaudido.

Pero, un momento después, volvía á caer en sus angustias... El pequeño estaba mejor... Pero hay altos y bajos... Y ese idiota que dice que le tiene bien, que no lo soltará... Solamente una madre tiene bien á su hijo, y ese niño no tiene madre... á su lado.

Jacobo, por fin, fué saliendo poco á poco de su mal y recobró gusto por la vida... Una mañana estaban sus perros puestos de patas en la ventana lanzando aullidos para llamar á su amo, y él les respondió con su silbido de los buenos días y mandó que los dejasen entrar. Fué aquella una hermosa fiesta. El niño salió de la cama adelgazado, crecido y con ojos profundos, en los que había más cosas.

La primera vez que Berta pudo acercarse á él, tuvo que dominar sus nervios para no desfallecer. Se arrojó á él como una fiera, le levantó del suelo y le cubrió de besos con locos sollozos.

Jacobo se defendió, descontento, se limpió los carrillos con su pañuelo bordado y manifestó su mal humor.

—Que seas mi nodriza no es una razón para ahogarme... Esas son maneras de campesino y no me gustan nada. En lo sucesivo, un poco más de ceremonia, ¿eh?

Aquel fué su agradecimiento por cuarenta días y cuarenta noches de angustia, de ansiedad sin nombre, de espanto sin límites. A Berta se le oprimió el corazón, pero excusó al niño. ¡Qué sabía aquel pequeño! Desempeñaba su papel de vizconde, y muy bien, por fortuna.

Acabó por convencerse de que semejantes modos no debían causarle más que contento. Pero se quedó pálida del miedo que había pasado. Después de la sacudida, conservó una especie de estupor. Aquel fué el fin de su belleza.

También fué el de su voluntad precisa. Hasta aquel momento había querido dirigir la vida, pero ahora se abandonó á la corriente y se dejó arrastrar hacia no se sabe qué riberas. Algunas veces dudaba. ¿Había hecho bien ó mal, desde el punto de vista de su propio interés, introduciendo fraudulentamente á su hijo en la casa de los ricos y condenando á la miseria y á la humildad al último descendiente de una raza privilegiada?

Hasta el presente, no había obtenido más que lágrimas de este cambio criminal; el porvenir sería probablemente peor todavía. Jacobo de Valroy se separaría de ella un poco más todos los días; ya le molestaría; mañana la rechazaría con un ademán definitivo...

A esta idea le flaqueaba el corazón. Sí, en otro tiempo, de lejos, había previsto un poco todo esto, pero de un modo tan confuso, que la impresión fué blanda... ¡Ay! La realidad era más dura.

Pero, refugiándose de nuevo en el heroísmo, aceptó este porvenir; su hijo no la conocería, pero sería un noble dichoso, que sembraría el oro, y sería amado por las mujeres, envidiado por los jóvenes y admirado por todos. ¿Ella?.. ¿Qué importaba?.. Reventaría en su rincón, una vez su misión cumplida; y esa misión no habría carecido de grandeza trágica.

Mirándose en un espejo, echó de ver la fuga de su juventud y de su belleza y les dió un adiós melancólico, pero no las sintió hasta la verdadera tristeza. En adelante eran inútiles.

Había querido seguir siendo bella para Jacobo, pensando, no sin razón, que los niños, como los perros, hacen por instinto mala acogida á los pobres de aspecto rústico.

Pero comprendía que era ya inútil tratar de agradarle; estaba harto de ella y, linda ó fea, la separaba de él.

Berta, pues, renunció.

En tres meses, de muchacha de aspecto elegante cayó de repente en el envilecimiento de las hembras campesinas. Peinada de cualquier modo, vestida con un saco y los pies en unos zuecos, envejeció diez años en unas semanas. ¡Bah! Bien estaba así...

Fenómeno extraño; los que la querían verdaderamente, la quisieron más así. Regino el primero; en aquella mujer descuidada y apenas limpia, no encontraba ya la gran señora que en otro tiempo le asustaba, y suspiraba de satisfacción al verse libre de modales y de frases ante aquella mujer de su casa, en vez de la remilgada de antaño. Sus relaciones fueron más estrechas y más tiernas... Que se discuta el amor después de esto...

Soffa, á su vez, reconocía en la nueva Berta á su hermana, su raza y su sangre. La otra era una princesa á la que no se podía tocar. Esta, enhorabuena, era de la familia: pingo y compañía... José fué menos tímido entre ella y la respetó menos.

Berta abdicó en todos conceptos, y huraña, se enterró en su casa ó vivió en el bosque huyendo de los hombres. Acechaba á Jacobo á lo lejos y se llenaba de él los ojos, pues no se atrevía á acercarse por miedo de los sofiones. Después se volvía á la espesura, andando á grandes y sordas zancadas por los musgos y las hojas secas.

En el pabellón del guarda se mostraba todavía taciturna y un poco distraída, pero más accesible y amable. Llegó á vivir casi como una persona cualquiera, lo que era ya mucho.

Mientras tanto, Jacobo y José, escapados los dos á la muerte con quince días de intervalo, habían vuelto á empezar á vivir. Y ocurrió que una mañana se encontraron en la carretera, que es de todo el mundo y no es de nadie, terreno neutro en el que los dos se sentían en su casa.

Se miraron con interés, porque habían sufrido los dos del mismo mal, y esta comunidad suprimía por un momento las distancias sociales, que Jacobo, á pesar de sus diez años, deseaba de ordinario ver observar. Pero, por el momento, el drama pasado le hizo iguales. Jacobo dió la mano á José, y éste, de ordinario salvaje y vergonzoso, aceptó aquella cortesía. Y se pusieron á hablar.

—¡Hola!

—¡Hola!

—No estás gordo.

—Tampoco tú.

—He estado enfermo.

—Yo también.

—No tanto como yo.

—Acaso más.

Jacobo se puso encarnado; aquellas pretensiones y aquella gana de sobrepujarle le parecieron impertinentes. Se contuvo, sin embargo, y con voz tranquila todavía, pero superiormente irónica, interrogó á aquel aldeano con el solo fin de confundirle.

—Oye, José, no sabes lo que dices... Escucha bien... ¿Has tenido como yo cincuenta grados de temperatura?

Bueno es decir que el muchacho no miraba á una decena más ó menos.

—Sesenta, dijo José imperturbable.

Por este lado quedaba Valroy debajo de Garnache. Jacobo se encogió de hombros y dijo en tono despreciativo:

—¡Qué disparate!.. No es posible tener sesenta grados...

El hijo del guarda, que no era tonto, respondió á su vez:

—Tampoco cincuenta.

Los dos, en su sopor, habían oído á los médicos hablar junto á su cama.

El vizconde dió un golpe en el suelo con el pie como si se le faltase al respeto. Pero, fiando en su educación y en su instrucción, cosas aprendidas, y en su imaginación natural, en la que creía con profunda fe, replicó:

—¿Y sueños? ¿Has tenido sueños?

—Sí, horribles pesadillas... Aquello era espantoso.

—¿Has visto ogros, brujas horribles, dragones vomitando fuego, serpientes de cien metros y leones de tres cabezas?

Si Jacobo era sincero en el recuerdo y en la exposición de sus delirios de fiebre, probaba sencillamente haber estado preocupado por la memoria inconsciente de sus libros de estampas y de los cuentos de las criadas. Sin sospecharlo, estaba haciendo literatura. José, educado en el silencio de los bosques y sin cuentos, no podía tener sueños semejantes y se explicó sencillamente:

—No, no he visto nada de eso, ni sé lo que es; pero he visto el bosque ardiendo, el bosque entero; los animales huían y yo con ellos, y fuí atropellado y pisoteado por una manada de siervos y de jabalíes. Y, aunque ya no los hay por aquí, también he visto

lobos saltar en medio de las llamas, aullando furiosamente.

Otra vez Jacobo se quedó contrariado... La descripción del aldeano sobrepujaba á la suya en movimiento y en horror preciso... El vizconde le interrumpió:

—¿Has visto, detrás de los visillos de tu ventana, á la muerte acechándote para cogerte?.. Pues yo sí. Me han dicho que era Berta, tu madre, que me estaba mirando, pero son mentiras. ¡Era la muerte!

José se confesó vencido.

—No, dijo gravemente, no he visto la muerte.

Y añadió con tristeza:

—Ni tampoco á mi madre; no estaba casi nunca á mi lado...

Jacobo no notó la cándida amargura de esta última frase y, acaso, no la oyó siquiera, pues los sentimientos de aquella gente no le interesaban gran cosa; y dijo triunfante:

—Ya ves como he estado mas malo que tú.

Acaso perezca singular este extraño mérito y este extraordinario caso de honra, que consistía para él en sufrir más y mejor que otro; pero los cerebros infantiles tienen esas rarezas. José, más plácido, no insistió, y se separaron.

—Buenas tardes.

—Adiós.

Aquella enfermedad marcó el fin de su primera infancia y tuvo una influencia en cada uno de ellos; los dos salieron de la cama crecidos de cuerpo y más comprensivos de alma, según su temperamento y su medio; en lo sucesivo aquellos dos cerebros iban á modelarse según el ambiente: José, en el silencio de los bosques, se orientó hacia la sencillez; y Jacobo, en un castillo loco, entre una madre frenética y un padre exasperado, hacia la extravagante fantasía.

Al rayar la aurora de un día de verano, Regino mostró la linde del bosque á su hijo, ya fuerte, y le dijo:

—Tienes pan y vino para el día; no vuelvas hasta esta noche. Mira y escucha. Duerme, si quieres, echado en el suelo, lo que es también un buen modo de aprender.

Y el niño se fué con el saco al hombro y el palo en la mano, libre y solo por un mar de verdor, entre las hojarascas y los musgos, bajo la caricia del viento que pasaba con gran murmullo entre los grandes árboles, haciendo un ruido de tren en marcha.

José escuchó, sorprendió y recogió, y la flora y la fauna le hablaron al oído y revelaron su historia á aquel niño sin malicia. Trató de medir con los brazos encinas y hayas monstruosas, contemporáneas de los hijos de Meroveo; hubieran sido precisos treinta brazos como los suyos para abrazar sus troncos.

Observó el juego de los conejillos llenos de inocencia, que no se espantaban al verle, sus colas blancas detrás y sus saltos atrevidos en la menta que los embriagaba; vió los pesados machos de perdiz volar á su paso con grandes aletadas. Admiró á la hembra del faisán que instruye á sus polluelos en la ciencia de vivir, advirtiéndoles el peligro por un rápido gorjeo y reuniéndolos por un breve grito bajo el refugio de sus plumas, si algún ave de rapiña se cierne en la altura, sin estar en las nubes.

Se extasió al ver pasar los cervatos que huyen al menor ruido con las cabezas hacia atrás, á esconderse en las espesuras, y lamentó no saber su lenguaje para atestiguarles sus buenos sentimientos.

Aquello le hizo pensar en las horribles persecuciones en que se complacen unos cuantos brutos, hombres ó mujeres, disfrazados para ello y soplando, para más carnaval, en cobres babosos; y aunque adoraba á los perros, los vituperó en su corazón por prestar su concurso á las brutalidades criminales de hombres ociosos y mujeres estúpidas. Pero no era culpa de los perros, después de todo.

Como buen hijo de un buen guarda, observó en la orilla de los lagos las huellas recientes del jabalí que acababa de beber; la mirada que echó en aquel momento á los juncos de la orilla y á las espesuras de alrededor, fué un poco asustada. No tenían más que doce años, y tanta soledad, por primera vez, hubiera turbado á un espíritu menos joven.

Rechazó como una vergüenza aquel conato de miedo y siguió más adelante, hacia los pinos de inmensos troncos delgados y rojizos, que rayaban, como cañones de órgano, profundos fondos morados. Hizo levantarse bajo sus pasos la multitud de seres, insectos, pájaros, reptiles y minúsculos cuadrúpedos, que se albergan debajo de tierra.

Contemplaba con el mismo amor las libélulas azuladas que danzan á flor de agua, los lagartos cobrizos de reflejos irisados, los ruiseñores de las arboledas, las rojas ardillas y los oscuros topos.

Todo lo que se movía, susurraba y vivía, estaba cerca de su corazón; admiraba la vida en todas sus

manifestaciones y hubiera querido la eternidad para los seres. La idea de la muerte ensombrecía ante sus ojos los más augustos paisajes; la conocía por haberla tenido cerca y había quedado vibrante y enterado.

Se preguntó dónde se ocultaban los animales para morir, pues era muy raro el encontrar un cuerpo frío por los campos. Aquel problema le preocupó por algún tiempo; pero como no podía resolverle, le dejó á un lado.

En la galbana del mediodía, hizo alto al pie de una de sus amigas, las encinas sin edad, se comió el pan, bebió vino en la misma botella y soboreó sobre todo su libertad.

Después se echó en el suelo, queriendo dormir un rato en lo más cálido del día. Y entonces comprendió las palabras de su padre. Con el oído en tierra, percibió el ruido, ignorado por el hombre en pie, de los millares de animalillos que trabajan debajo de los espesos musgos y de las hojas caídas en antiguos otoños.

Era aquello también un cántico, un himno de reconocimiento á la vida. Las hormigas se llevaban pesos cuatro veces más grandes que ellas, y una actividad incesante se manifestaba debajo de una hoja podrida, donde debía de haber alguna cosa.

Si José hubiera tenido más edad é instrucción, hubiera reflexionado sobre la vanidad de nuestras empresas, tan locas como aquellas; pero no sabía nada; el atavismo era para él letra muerta, y limitó su esfuerzo á celebrar la potencia infinita del espléndido universo.

La caída del crepúsculo complicó su éxtasis con una especie de terror sagrado; el paso de la sombra á través del inmenso ejército de los árboles le alarmaba por sus sorpresas. Un rincón, por aquí, se oscurecía de repente, mientras que, más allá, persistía una vaga claridad.

Un poco escalofriado salió á la carretera y saludó su rectitud amiga y tranquilizadora á través del misterio y del obscuro silencio de los bosques.

Después salió la luna, benévola y un poco suave.

Entonces se divirtió en ver danzar su sombra alrededor de él.

Cuando volvió al pabellón estaba impregnado de tomillo y de menta, y llevaba en el cabello todos los fuertes olores de la tierra libre y todos los agrestes aromas de las espesuras y de los campos.

—Y bien, le preguntó Garnache, ¿qué te ha dicho la selva?

Y el niño, orgulloso por su incursión en lo desconocido de los seres y por su iniciación en los ritos naturales, contestó con sonrisa encantada:

—Me ha dicho que la ame; y así lo hago.

De este modo se encaminaba hacia la virtud, por vías saludables, aquel niño que llevaba realmente en las venas la sangre tumultuosa de los Valroy y de los Reteuil. Y el otro, el substituido, el supuesto, el ladrón inconsciente, tomando prestada un alma á los que le rodeaban, iba, por el contrario, al encuentro de los desastres y de las divagaciones.

En los dos casos la herencia era mentirosa y los cerebros se formaban únicamente bajo la presión cotidiana y por el contacto habitual.

Jacobo se hizo un muchacho artificial. Admirado por los demás y por sí mismo, compuso su gesto, vigiló su voz y no se permitió ya ni un movimiento espontáneo. Y un inmenso orgullo acabó de desnaturalizarle.

Estando su padre siempre ausente y su madre sumida en lo más profundo de su tétrica apatía, fué Jacobo el dueño del castillo; todo se inclinó ante él y los criados adulaban sus caprichos como único medio de conservar sus plazas.

Como era preciso, á pesar de todo, que aprendiese alguna cosa, siguió sin gloria los cursos de un colegio de la ciudad próxima. Llegaba por la mañana guiando él mismo una ligera *charrette* inglesa, y se volvía lo mismo por la tarde; aquello era elegante, y de este modo, esa vida le convenía.

Pero hizo más progresos en el arte de domar un caballo difícil que en las conjugaciones latinas ó en las declinaciones griegas. Fué un mal estudiante; y para suplir su falta de atención y su poca aptitud, que él confesaba sin reparo, su padre le tomó un preceptor particular. Pasaron sucesivamente siete por el castillo y todos se retiraron, alegando la imposibilidad de semejante misión.

El joven era rebelde á toda dirección.

—Un verdadero Valroy, decía el conde Juan, siempre contento y sin querer apearse de su burro.

—Un verdadero Reteuil, decía la condesa Antonieta con las manos juntas por el miedo del día de mañana.

—Un verdadero libertino, se rectificaba en la antecámara.

(Se continuará.)



JIRA AL TIBIDABO. - BANQUETE EN OBSEQUIO DE LOS SENADORES Y DIPUTADOS

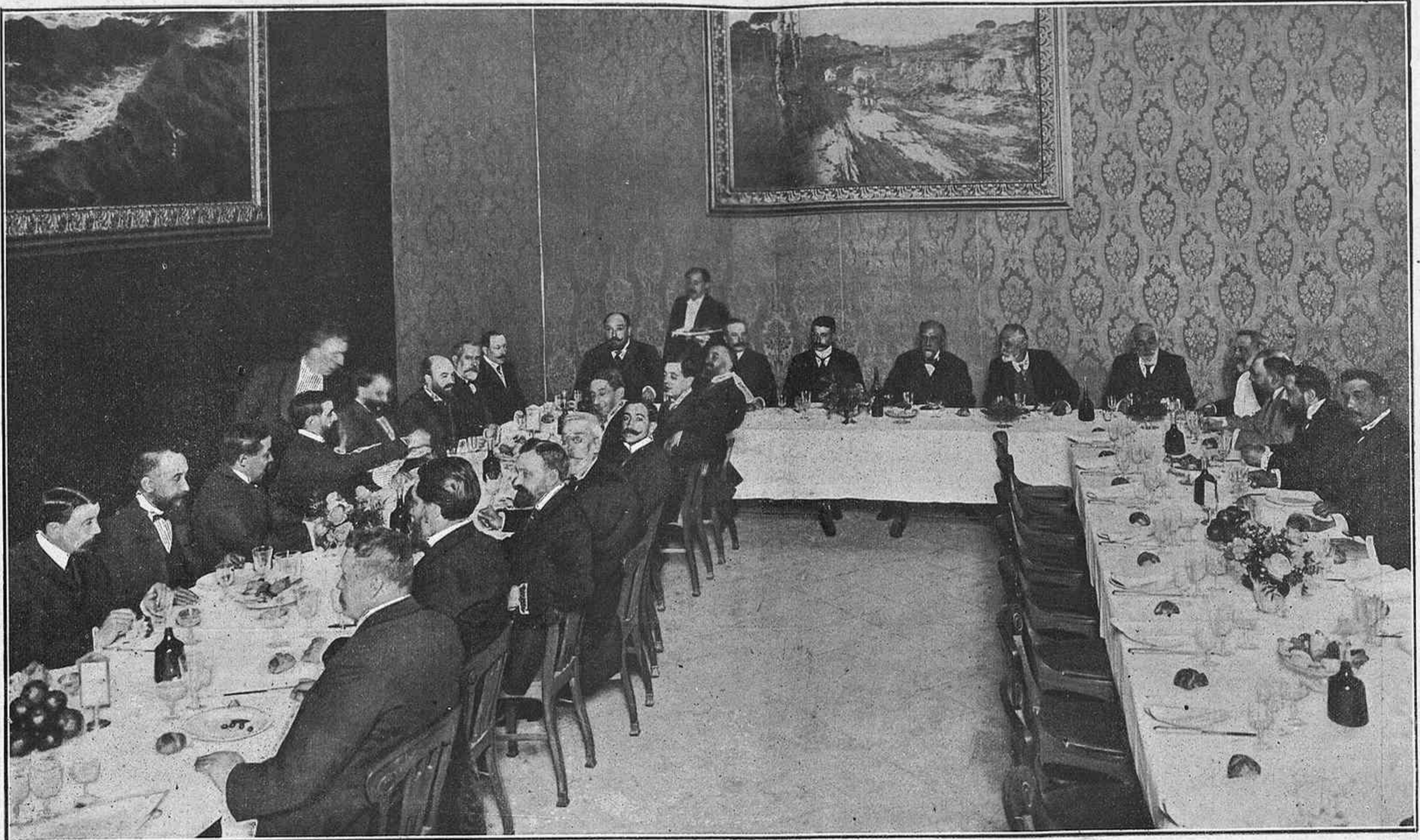
Asistieron al banquete 325 comensales; hubo dos presidencias, una del Sr. Salmerón, que tenía á su derecha á los Sres. Arana, Vallés y Ribot, Rahola (F.), Juncy, Albó, Morote y Junyent, y á su izquierda á los Sres. Sardá, duque de Solferino, Zulueta, Corominas, Mainer, Bertrán, Alegret y Ventosa; y otra del Sr. Rusiñol, que tenía á su derecha á los Sres. Cambó, Orueta, Hurtado, Nogués, Llorente y Garriga, y á su izquierda á los Sres. Sánchez Marco, Pi y Arsuaga, Carner, Soriano, Girona, Salvatella y Rahola (P.)



JIRA AL TIBIDABO. - ASPECTO DE LA PLAZOLETA DEL TIBIDABO EN EL MOMENTO DE LOS DISCURSOS

Terminado el banquete, desde una tribuna levantada al aire libre y delante de una inmensa multitud pronunciaron elocuentes discursos los Sres. Pi y Arsuaga, Orueta, Canals, Arana, Rusiñol y Salmerón, siendo todos ellos aplaudidos con gran entusiasmo

BARCELONA. - FIESTAS DEL HOMENAJE DE LA SOLIDARIDAD CATALANA. (De fotografías de A. Merletti.)



BARCELONA. - FIESTAS DEL HOMENAJE DE LA SOLIDARIDAD CATALANA. - LOS DIPUTADOS Y LOS INDIVIDUOS DE LA COMISIÓN ALMOZANDO EN EL HOTEL COLÓN DESPUÉS DE SU LLEGADA. (De fotografía de A. Merletti.)

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos
 Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. - Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES



PECHO IDEAL

Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las **Píldoras Orientales**, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. **J. RATIÉ**, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de F. Gayoso, Arenal, 2; En Barcelona, Farmacia Moderna, Hospital, 2.

65 AÑOS DE ÉXITO
FUERA de CONCURSO PARIS 1900
 GRAN PREMIO, Saint-Louis 1904
Alcohol de Menta de
RICQLÈS
 (EL ÚNICO VERDADERO ALCOHOL de MENTA)
CALMA la SED, SANEA el AGUA
 Contra el **VÓMITO**, Dolor de **CABEZA**, **INDIGESTION**
COLERINA
AGUA de TOCADOR y DENTÍFRICO esquisito
PRESERVATIVO contra las **EPIDEMIAS**
 Pedir el **RICQLÈS**
 De venta en las **PERFUMERIAS, FARMACIAS y DROGUERIAS.**

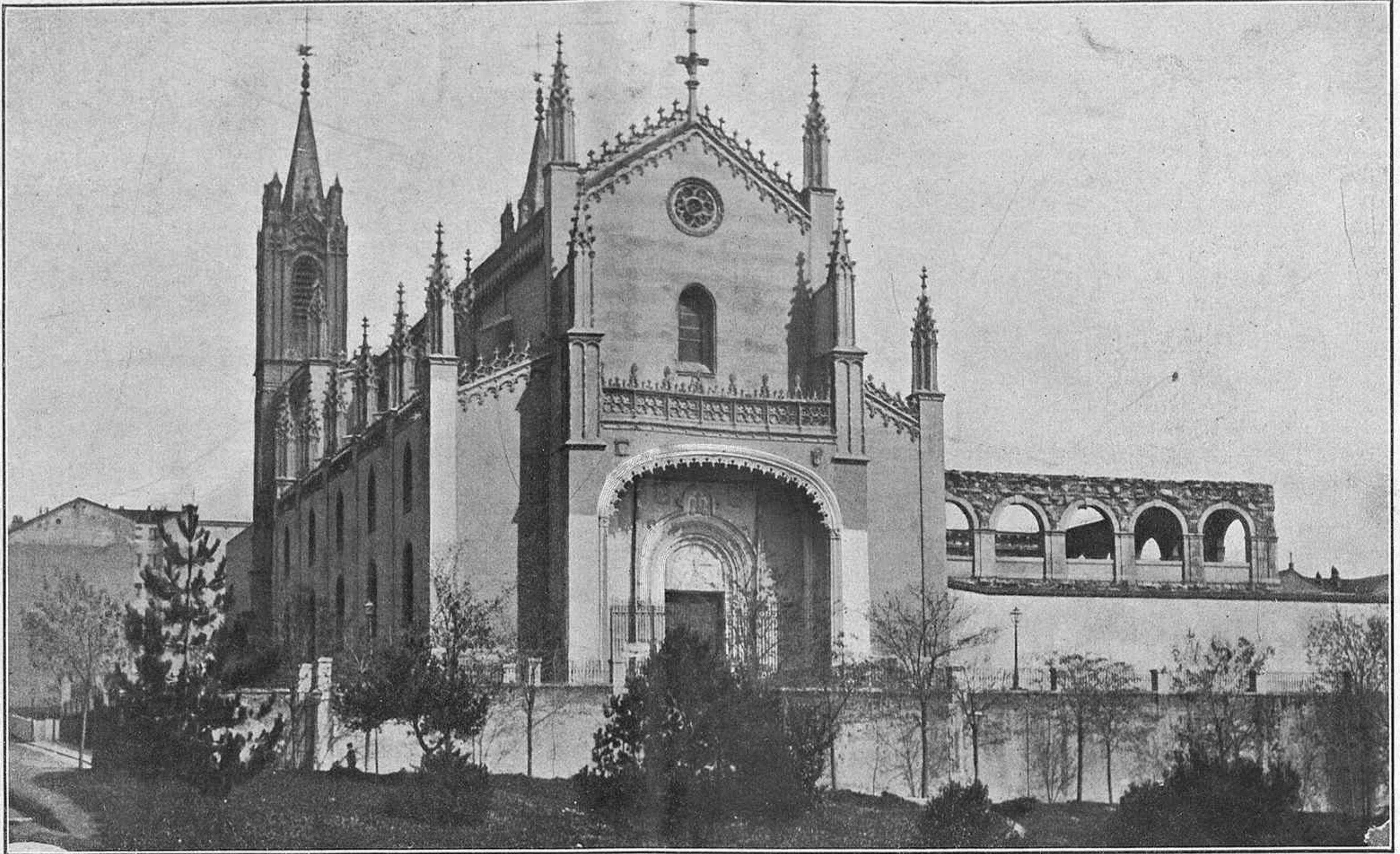
ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

BOYVEAU-LAFFECTEUR
ROB
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.
 Vendese en casa de **J. FERRE**, Farmacéutico,
 SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR,
 Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

Dentición
JARABE DELABARRE
 Jarabe sin narcótico.
 Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUGE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
 Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



Madrid.—La iglesia de San Jerónimo, en donde se celebrará la boda de S. M. el rey D. Alfonso XIII
(De fotografía de *Nuevo Mundo*)

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de BLANCARD

EXIGIR LA SÍMBOLO
DE BLANCARD

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

APROBADAS
por la
Academia
de MEDICINA

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO A
LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS
DRES
JORET Y HOMOLLE

CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ia} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Envaso. 5 fr.

PUREZA DEL CUTIS
en París

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOGES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et C^o B^{is} St-Denis 149

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN